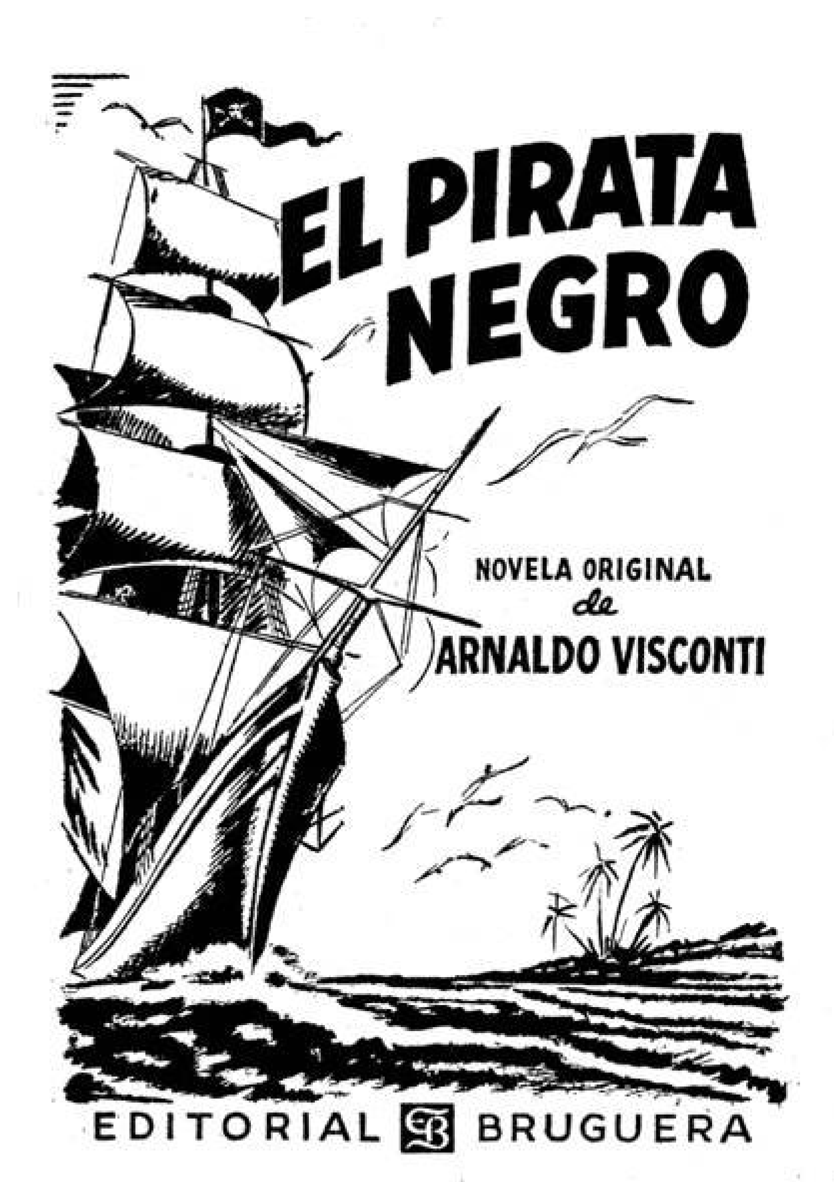

EL PIRATA NEGRO
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO
PROVENSAL
3 PTAS
EL CORSO MALDITO


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

El corso maldito

Colección El Pirata Negro n.° 09

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1946


EL CORSO
MALDITO

CAPÍTULO PRIMERO

Un caballero gascón

Para el viajero que por mar se acerque, la isla de Córcega es una tupida masa rocosa flotante, que cubierta de enmarañado y selvático boscaje presenta una violenta tonalidad cromática pardorrojiza.

Es la Isla Roja, por el color que destellan al sol sus montes de brezales y las sarmentosas cepas que crecen entre las peñas de basalto veteadas de rojo pórfido brillante.

Es la Isla Roja, porque el crepúsculo crea la ilusión óptica de un incendio sin llamas, de un fuego latente, que cual gigantesco brasero arde engarzado en las plácidas aguas azules del Mediterráneo.

Pero para Jarnac de Lesperruy, Córcega era en el mes de marzo del año 1700 un espinoso laberinto de matorrales, donde hallaban seguros refugios para ocultarse y burlar la justicia del rey de Francia, los numerosos isleños, que, acusados de diversos crímenes, no demostraban la menor inclinación a compartir la creencia del rey de Francia, según la cual era obra justiciera suprimir el bandidaje corso.

En el mes de agosto de 1699, el caballero gascón Jarnac de Lesperruy habíase visto obligado a abandonar su reposo en el castillo de Kerdael, en la región bordelesa, para presentarse ante el rey, que solicitaba sus inmediatos servicios.

Para el capitán de mosqueteros había sido muy halagador oír de labios reales, el alto concepto y estima que “Nos tenemos de la bravura de espíritu del caballero de Lesperruy, el mejor de mis mosqueteros y la mejor de las espadas francesas”.

Por lo que el rey estimaba, que sólo Jarnac de Lesperruy,

tomando el mando de cuatro compañías de mosqueteros, podía poner fin a la “ingrata” tarea de limpiar el suelo de la isla corsa? de la “infecta” plaga de bandidos que la asolaban.

Y desde hacía ocho meses, Jarnac de Lesperruy estaba muy de acuerdo con las palabras reales: si el gascón consideraba justísima la apreciación real de que él era el mejor mosquetero y la mejor espada francesa, también eran atinadísimas las expresiones ‘“ingrata” e “infecta” para calificar su misión.

Al principio de la llegada de las cuatro compañías de mosqueteros, varios bandidos habían caído presos, y el verdugo del rey, en plena plaza de Ajaccio, la capital, había cercenado limpiamente con el filo del hacha las cabezas de los condenados.

Jarnac de Lesperruy dió por descontado que las ejemplares ejecuciones influirían en el ánimo de los restantes bandidos ocultos en los montes, para que obedeciesen al mandato real que les confería perdón de vida si se entregaban, para ser encerrados en prisiones de las fortalezas de Francia”.

—...pero prefieren saltar de peña en peña y agazaparse bajo los matorrales, antes que salvar la vida haciendo uso de la benévola magnanimidad real —dijo el joven oficial mosquetero que mandaba una de las cuatro compañías a las órdenes de Jarnac de Lesperruy.

—Vos veis las cosas desde vuestra posición de ejecutor real —replicó Lesperruy atusándose el blondo mostacho del que estaba muy orgulloso. —Pero ellos disienten de vuestra opinión. ¿Acaso os entregaríais vos?

El joven oficial encontró dificultosa la pregunta y prefirió ampararse en la más fácil de las tácticas: replicar por otra pregunta.

—¿Y vos que haríais, mi capitán?

—Habéis vivido demasiado tiempo en la corte, señor oficial —dijo secamente el gascón—. Eludís la respuesta, porque teméis ser sincero. Lo seré yo por vos. Esos corsos malditos me acaloran la sangre, me encrespan los mostachos y me lo hacen ver todo de color rojo, no tanto por la pigmentación natural del terreno, como por su tenaz oposición a entregarse... pero les admiro. Sí, no me miréis como si acabara de soltar un desatino. ¿Cuál es el credo principal del mosquetero? Esa es pregunta a la cual podéis contestar sin temor de sufrir ningún arresto.

—El mosquetero no rendirá nunca su espada, muriendo con ella

en la mano —recitó rápidamente el joven oficial.

—Es credo de hombre entero y los corsos lo cumplen, aunque en vez de espadas empleen largos puñales y anchos trabucos traidores.

—Esa es la palabra, mi capitán. Toda la isla es traición; la traición acecha tras los brezos y las peñas. Matan a nuestros mosqueteros disparándoles a mansalva desde escondrijos del monte; sáltanles por la espalda hundiéndoles traidoramente el puñal en el cuello. Eso es impropio de hombres enteros; nosotros damos el pecho y atacamos de frente.

—Porque ese es el segundo credo mosquetero —dijo Lesperruy con honda convicción—. Pero ser imparcial. ¿Cuántos sumamos nosotros en conjunto?

—Venimos cuatro estandartes, que, a ciento veinte hombres cada uno, suman cerca del medio millar —calculó el joven oficial.

—Poned el millar habida cuenta que mi espada vale, mal tasada, la cantidad que añado —dijo Lesperruy también con honda convicción—. ¿Y cuántos suman ellos?

—Según la lista relacionada de nombres que los hombres de ley de Ajaccio han escriturado, cuarenta eran los acusados de crímenes. Seis dieron sus cabezas al verdugo, y veinte han muerto combatiendo. Quedarían, pues, catorce... si no existiera esa sangrienta “vendetta” —se quejó el joven oficial.

Ambos mosqueteros hallábanse sentados ante sendos jarros de vino, en la sala particular que en el mesón “Suole d'Argento” ocupaba el jefe de las fuerzas mosqueteras.

—...y si tengo el honor de servir bajo vuestras órdenes, mi capitán, también debo lamentar que tal honor lo deba a la muerte del oficial que antes mandaba el estandarte que es el mío ahora. Y desde agosto han muerto ya siete oficiales y noventa mosqueteros, todos en combates desleales, apuñalados por la espalda o caídos en emboscadas viles.

—Cada cual se defiende con las armas que tiene, señor oficial. Hoy en día estoy ya desgraciadamente en condiciones de conocer a fondo el alma corsa y estimo que posee un carácter áspero, rebelde y vehemente. Ellos piensan que las infracciones de la ley humana deben solventarse sin el auxilio de los tribunales. Si el vecino me roba una vaca, le mato para que mis otras vacas apacenten sin peligro... Esa es la máxima corsa. Pero entonces aparece esa dichosa

“vendetta”. El hermano del ladrón de la vaca, mata al que se tomó justicia; aparece después el sobrino del difunto dueño de la vaca, y mata a la hermana y al padre del que le mató a su tío. Y la “vendetta” pasa de mano en mano entre las dos familias, y si al principio la causa fué una rumiante vaca lechera, ya después los complicados en la “vendetta” estiman que teniendo ya que huir de la justicia y ocultarse en el monte, tanto da una muerte como cien, y saquean, violan, incendian, matan…, ¿no es así?

—En efecto, mi capitán. Habéis explicado con sagaz claridad lo que es la “vendetta”; no lo habría hecho mejor un leguleyo.

—¿Y no veis nada más que “vendetta” en el semillero de criminales que infestan los montes descendiendo de vez en cuando por la noche a los pueblos, matando a bus propios compatriotas? —preguntó Lesperruy

—No veo más, mi capitán. Es un hecho reconocido que la “vendetta” es lo que acrecienta la criminalidad. En un principio eran cuarenta los bandidos sanguinarios, y ahora son muchísimos más, pese a que las fuerzas que mandáis ajusticiaron a veintiséis.

—Pues sabed, señor oficial, que bajo esa apariencia hay una mano oculta. Una mano que desparrama oro para incendiar con llamas devoradoras esta isla. Lo averigüé hace unos meses, y sé también el nombre del personaje que mueve los hilos haciendo bailar como marionetas a esos bandidos de la montaña…, y lo que es más triste, haciéndonos bailar a todos nosotros.

—Si hay conspiración contra el dominio del rey de Francia en la isla, ¿por qué el verdugo no corta el cuello del conspirador?

—Porque reside muy lejos de aquí. Bien, señor oficial, hora es ya de que regreséis a vuestro destacamento. Agradezco vuestra cortés visita y seguid vigilante en cumplimiento de las órdenes del rey.

Cuando el joven oficial húbose marchado, Jarnac de Lesperruy pasó a su alcoba. Y durante dos horas fué redactando el informe, que, por el próximo barco que saliera de Ajaccio, un mosquetero llevaría al rey.

En el informe, Jarnac de Lesperruy especificaba que todo el perímetro de la isla de Córcega, acordonado por destacamentos de mosqueteros que de vez en cuando y estratégicamente hacían incursiones al interior, pero que el bandidaje no decrecía sino que aumentaba, porque era alimentado con el oro de un conspirador

cuyo nombre

aun no podía señalar, ya que tenía que ultimar una cierta pesquisa, para cuyo buen éxito final solicitaba del favor real autorización para delegar el mando de los cuatro estandartes, en el oficial más antiguo, hombre capacitadísimo, mientras él, Jarnac de Lesperruy, estuviera en la ciudad italiana de Nápoles, viaje que emprendería tan pronto obtuviera la licencia real.

Media hora después, tercióse la capa Jarnac de Lesperruy, y con la arrogante marcialidad propia del "mejor mosquetero del rey", recorrió las sinuosas y obscuras callejas de Ajaccio…

Las luces que salían de los ventanales del "Albergo dei bravi" le atrajeron. Sabía que en aquella taberna sórdida, frecuentada por la hez de los espadachines de la capital, iban de vez en cuando, a recoger consignas algunos de los criminales incluidos en las listas que la justicia había confeccionado y por cuya captura cuatro estandartes de mosqueteros acordonaban el perímetro costero de la isla.

Si en Francia decíase "más fanfarrón que un gascón" para calificar al que lanzase bravatas descomunales, en el "Albergo dei bravi" quiso Jarnac de Lesperruy dar fe de que era el más gascón de los fanfarrones.

Acodóse en una mesa cercana a la puerta de entrada y examinó lentamente a los concurrentes, mientras sus pulgares y sus índices atusaban las guías de su desafiante mostacho rubio.

Alto y de amplísimas espaldas, Jarnac de Lesperruy aliaba a la fuerza de un toro el continuo deseo de arriesgar su vida. Pero en ocho meses de estancia en la isla, habíase hecho ya legendaria la contundencia de sus puños y la invencible celeridad de su espada.

—¡Jarnac de Lesperruy os saluda, bravos corsos! —exclamó de pronto en el dialecto corso, corrupción italiana del francés, y fácil de hablar para los galos.

El vozarrón del mosquetero hizo enmudecer las conversaciones y desde las distintas mesas negros ojos amenazadores y torvos semblantes atezados escudriñaron las francas facciones varonilmente hermosas del gascón.

—Olvidad que soy un servidor de vuestro rey y que vosotros sois súbditos suyos —siguió diciendo Jarnac.

—Aquí dentro veo rostros decididos y buenas espaldas que

pregonan fortaleza. Hace tiempo que mis músculos se enmohecen y quisiera trabar lucha amistosa. Pero antes de exponeros mi deseo, quiero que el mesonero reparta para todos vosotros jarros de vino y que vuestras gargantas se remojen bebiendo por el rey de Francia. Os invito. ¡Mesonero, sirve vino a todos esos caballeros que yo, Jarnac de Lesperruy pago e invito!

Algunos se levantaron y con elástico andar de gente montañesa se dirigieron hacia la puerta manifestando silenciosa pero claramente su intención de salir. Jarnac de Lesperruy irguió su corpulenta humanidad colocándose en el umbral e interceptando la salida.

—No podéis hacerme ese desaire, caballeros. He invitado a que brindéis por el rey de Francia, pero si no queréis hacerlo bebed a la salud de vuestras bellas. Lo que sí quiero que sepáis es que cuando Jarnac de Lesperruy invita es descortés no aceptar.

De los cuatro que iban hacia la puerta tres retrocedieron volviendo a sentarse. El que no lo hizo, miró sombríamente a Lesperruy.

—No tengo sed, señor — dijo con voz ronca—. Si vos tenéis la libertad de poder invitar, también debo yo tener la libertad de poder negarme a aceptar vuestra invitación.

—Cierto, bravo corso. Pero en Francia el caballero que se toma la libertad de invitar se expone a que un carácter independiente le agradezca el gesto espada en mano. Tenéis pues esa libertad.

—No llevo espada, ni quiero que luchéis conmigo —replicó hoscamente el corso.

Vestía el rústico atuendo montañés: sandalias de cuero, medias de luna blancas, y pantalón y blusa de tosco tejido grueso. Entre la sucia camisa y el cinto asomaba el mango de cuerno del ancho cuchillo de pastor.

La terquedad era una más de las características de Lesperruy.

—No seáis “terco” — reprochó—. Bebed tan sólo un sorbo y quedaremos tan amigos. Es invitación amistosa en la que ninguna orden debéis ver aunque mis atribuciones me facultan para ser obedecido en toda la isla.

El corso dió de pronto un salto hacia adelante intentando lanzarse a la calle. Se debatió ferozmente entre las dos manazas de Jarnac que le sujetaban por los hombros y la hoja de acero del

puñal destelló en fugaz relámpago que buscaba el pecho del mosquetero. Pero la acerada punta se detuvo a dos milímetros del jubón del gascón y el corso exhaló un quejido de dolor al sentirse la muñeca homicida estrujada como si una tenaza de hierro mordiera sus huesos.

Un el forcejeo de la breve lucha, una bolsa, cayó al suelo procedente del cinto del pastor. Una bolsa que oculta junto al puñal, refulgía ahora en el suelo mostrando por entre sus mullas de plata doradas monedas napolitanas...

Jarnac de Lesperruy mantuvo inmóvil al corso asiéndole con una sola mano por el cuello y miró el puñal que junto a la bolsa estaba a sus pies.

—¿Un puñal contra mí y oro napolitano? Mal hiciste en no aceptar mi invitación, muchacho. ¿Cuál es tu nombre?

El corso, mantenido casi en vilo y a la distancia del brazo extendido de Lesperruy, guardó silencio. Jarnac miró a los concurrentes que también en silencio intercambiaban ojeadas huidizas de soslayo.

—El que me diga el nombre de este mozo, se ganará diez luises. Pago bien cuando la curiosidad me atenaza, como ahora.

Un individuo dé jubón escarlata, remendado, y bizcos ojos malignos, se levantó destocándose el chambergo amarillento y sucio.

—Me hacen falta los diez luises, caballero — dijo ávidamente—. Ese corso es Tino Fonti, el bandido.

Tino Fonti intentó en vano liberarse de la zarpa con que le apresaba Jarnac. Pero sus brazos agitándose no alcanzaban a tocar al mosquetero, cuya larga envergadura le mantenía a distancia. Jarnac introdujo la mano zurda en su faltriquera y echó a los pies del delator diez monedas de plata. Había desprecio en su gesto...

—¿Tino Fonti eres? Lo siento por ti; el rey de Francia te ofreció un generoso perdón y no lo quisiste aceptar. Yo te invité y tampoco quisiste aceptar. Han sido dos errores tuyos —volvió rápidamente la cabeza el gascón al oír pasos acelerados tras él.

Un cabo de varas al frente de una escuadra de mosqueteros le saludó respetuosamente.

—A la orden, mi capitán. Os vimos entrar aquí y aguardaba para daros la novedad. He creído que quizás debía presentarme ahora.

—Hazte cargo de este mozo. Es Tino Fonti; cuida de que no se escape y aguardadme en el cuerpo de guardia.

Cuando la ronda nocturna hubo partido llevándose al bandido, Jarnac de Lesperruy cogió del suelo la bolsa y el puñal.

—¡Mesonero! —llamó.

El interpelado acudió tembloroso. Veía la semiluna de un arco de hacha abatirse en su nuca por haber dado acogida al bandido perseguido, pero hallábase dispuesto a jurar y perjurar por todos los santos que ignoraba que el "pastor" era Tino Fonti, el bandido.

—¿Ves ese bolsón? —y el mosquetero agitó las monedas ante las narices del mesonero—. Alguien la ha dado en tu infecto tugurio a Tino Fonti.

—Yo... gran señor, yo no sé... Soy un pobre y mísero tabernero...

—Escúchame y no tiembles. Tierra volcánica es Córcega y yo he venido para apagar el volcán por mandato real. Pero no soy ningún esbirro ni ningún sabueso, y por tanto no quiero interrogarte. Si vosotros sois peones del que desde Nápoles atiza el fuego, no me importa porque los peces menudos nunca me han abierto el apetito. Soy Jarnac de Lesperruy, ¿sabes? y no desciendo a labores de escribano. Ese oro alguien se lo dió a Tino en tu tabernucho; pero ni tú, ni Tino ni quien dió el oro me interesáis. Pico más alto y comprendo que sois miserables juguetes de un ser más miserable aún porque desde lejos y sin dar la cara, ordena asesinatos pagándolos con despreciable oro... tan despreciable que mira lo qué con él hago...

Y Jarnac de Lesperruy arrojó la bolsa contra el rostro del tabernero.

—¡Para ti! Pero oídme todos: ya no soy yo quien os invita ni quiero que brindéis por el rey. ¡Paga el tabernero con oro napolitano!

Andaba ya Jarnac de Lesperruy camino del cuerpo de guardia, cuando aplicando la diestra en la empuñadura de su espada, aguardó bajo una farola a que llegase a su altura el individuo que embozado en su capa, en aquella noche ventosa y desapacible, corría desde hacía unos minutos en pos suya.

—¿Quién va? —preguntó el mosquetero dando juego a su brazo derecho.

—Soy Montsaur, caballero —dijo el perseguidor

desembozándose y mostrando el rostro. Reconoció Lesperruy al que había declarado la identidad de Tino Fonti—. Os puedo decir quién le dió el oro. a Tino Fonti, porque lo vi. Sabed que soy un caballero que pasa por trance desafortunado y…

—Bastante te pagué con los diez luises —dijo desdeñoso Lesperruy que nunca fué cicatero sino pródigamente generoso. Pero repugnando de los delatores, se esforzó en recordar que cumplía mal las órdenes, del rey si no sacaba partido del improvisado espía —. Ya que tanto sabes, toma esos diez luises más, y abre la cloaca de tu boca.

—Vino una mujer joven y hermosa, que estuvo hablando unos instantes con Tino entregándole por debajo de la mesa la bolsa. Se marchó y supe por el mesonero que era Carina Fonti, la hermana del bandido. Gracias, noble caballero por vuestro donativo. ¿Puedo seguiros sirviendo?

—Allá tú.

Y sin más despedida, marchóse apresuradamente Jarnac de Lesperruy. También era molesto que las mujeres corsas intervinieran en aquellos manejos, iba pensando mientras aceleraba el paso. Y como servidor del rey no podía hacerse el sordo al informe que le demostraba que Carina Fonti era el enlacé entre el secreto agitador de Nápoles y los bandidos de la isla.

Tino Fonti estaba aherrojado en la mazmorra habilitada para los condenados a muerte, y al amanecer el tribunal compuesto por cuatro jueces venidos desde agosto del año anterior de París, fueron demostrando los seis asesinatos perpetrados por el bandido, decretando por orden del rey que el hacha del verdugo debía poner fin a su existencia.

Jarnac de Lesperruy vióse obligado a disgusto a presenciar la ejecución de Tino Fonti, en la plaza mayor de Ajaccio.

Pero se mitigó su disgusto y sonrió complacido cuando un cabo de varas vino a anunciarle que había sido encontrado el cadáver de un hombre apuñalado en un callejón del puerto.

El hombre vestía un jubón escarlata y se tocaba con un chambergo sucio amarillento. Encima del corazón que había cesado de latir y manchado por la sangre de la mortal herida había un documento que demostraba que el muerto llamábase Felicien Montsaur…

También entregó el cabo el puñal que habían extraído del corazón de Montsaur, y Jarnac de Lesperruy lo examinó cuando se hubo marchado el cabo.

En el mango de cuerno del ancho cuchillo de pastor, parecían grabadas pacientemente las palabras:

“Vendetta. Carina Fonti.”

CAPITULO II

"**Vendetta**"

El cielo, encapotado y sombrío, anticipaba el anochecer, y en el litoral oeste de la isla de Córcega desencadenábase el vendabal encrespando las olas que mugientes venían a estrellarse contra el acantilado de las Ánimas.

Por instantes el cielo se iluminaba ante el zigzagueo de un relámpago lejano que anunciaba que el curso de la tormenta tenía su origen en el mar. El momentáneo resplandor mostraba la furia de los elementos y ponía de relieve la agreste grandeza del acantilado que por sus contornos sinuosos surcados de estrechas barrancadas permitía burlar el vigilante asedio de la sección de mosqueteros destacados por las inmediaciones.

Varias chozas de pastores anidaban entre las resquebrajaduras del acantilado, y en una de ellas, congregados alrededor de una mujer en pie tres hombres escuchaban lo que ella decía. Los fogosos ademanes de la mujer no comunicaban su ardor a los tres oyentes que vistiendo ropas de pastores y llevando al cinto el cuchillo de matarifes, ostentaban en el rostro una impasible y voluntariosa seriedad de mal agüero.

—Maté al delator de mi hermano porque esta es la muerte que merecen los cobardes traidores —dijo Carina con fiereza—. ¿Me lo reprocháis?

El más viejo de los tres pastores, hombre de unos cuarenta años, habló con tosca brutalidad.

—Tu hermano era un baldón para el pueblo corso. Nosotros damos refugio y víveres a los que por “vendetta” huyen de las ciudades. Pero los que como tu hermano matan y roba» por malvada disposición de sangre, cuando el verdugo les da el hachazo

nos alegramos.

Carina Fonti engarfió las manos que como garras parecieron querer buscar la garganta del que acababa de hablar. Pero la ardiente sangre violenta de Carina poseía el freno de una inteligencia astuta. Dejó caer los brazos a los costados, encogiéndose de hombros con desdén.

—Yo he huido de la capital y vine aquí en busca de refugio, porque creí encontrarme con corsos amantes de su independencia. Sois tres y yo sólo soy una mujer. Entregadme.

—Los Fonti buscan la ruina de nuestra isla —dijo el mismo que había hablado antes—. Sois, perversos y explotáis la presencia en los montes de unos cuantos huidos que vengaron ofensas familiares, para con el amparo de "vendettas" saquear hogares honestos y matar familias corsas que nada os hicieron.

—Luchamos contra los franceses. ¿Quién mató a tres oficiales mosqueteros? Mi hermano Tino. ¿Quién mató a siete mosqueteros Mi hermano Tino. Los jueces que le han mandado al patíbulo no lo sabían. Pero si vosotros estáis dispuestos a entregarme, mal puedo invocar esos servicios que Tino prestó en pro de la independencia corsa.

—Tú recibiste enseñanza en la ciudad y nosotros somos hombres de montaña que siempre hemos vivido entre animales y como animales. Pero algo se nos alcanza de tu juego, Carina, y del juego que todos los Fon— ti os lleváis, porque...

Los tres hombres a la vez imitados por Carina, tensaron los cuellos ladeando la cabeza... En la base del acantilado y dominando el rugido del mar acababan de restallar claros y espaciados tres disparos de mosquetón. Los cuatro ocupantes de la cabaña quedaron inmóviles por unos instantes. De nuevo reinó la sinfonía del viento ululante rasando los brezales y silbando por entre las barrancadas, mezclándose a los bramidos del mar embravecido.

—Alguien que ha intentado cruzar los destacamentos de los franceses, aprovechando la obscura noche tormentosa. Mala suerte —habló uno de los pastores.

—¿Consentiréis que siga ese oprobio? —gritó Carina—. Seguramente el que acaba de morir alcanzado por las balas de los mosquetes franceses era un valiente que luchaba por nuestra independencia. Si todos vosotros os unierais...

—Los franceses no persiguen más que a los criminales como tu hermano. Y aunque desearíamos vernos libres de ello, los preferimos a lo que tú te propones. ¿Crees acaso, Carina, que no sabemos cuál es tu ambición? Sirves los planes de Pietro, que ensoberbecido por sil encumbramiento en tierra napolitana, quisiera imponer su férrea tiranía en tierra corsa.

La choza asentábase entre matorrales que la protegían al fondo de una barrancada estrecha y abierta entre dos altas cortaduras.

El viento cesó repentinamente y una mansa lluvia de gruesos goterones empezó a caer, mientras un embozado, andando con felinos pasos silenciosos, acercábase a la choza. Lejanos restallaron los redobles estruendosos de los truenos que en el mar iban señalando el avance de la tormenta hacia tierra.

El embozado se detuvo junto a la choza… Iba a entrar, pero el nombre que acababa de oír le hizo cambiar de intención. Escuchó la voz femenina que con vehemencia sonaba enronquecida por el odio:

—¿Preferís la tiránica opresión de Jarnac de Lesperruy? —decía Carina—. Ese fanfarrón mosquetero que os tiene a todos en un puño y al cual todos teméis.

—Jarnac de Lesperruy es justiciero y cumple órdenes de su rey. Le preferimos a que gobiernen la isla los Fonti, que es lo que tú pretendes repartiendo oro y comprando conciencias de hombres que antes de tu venir eran solamente huidos pero no criminales. ¿Crees que no sabemos que tu les incitas con pretextos patrióticos para que lleven la muerte a hogares corsos? Pretendéis que se atribuyan vuestros crímenes a Jarnac de Lesperruy y sus hombres. Pero los que vivimos en contacto con la Naturaleza tenemos visión de las cosas muy distintas a los ciudadanos.

—Decidme ya que sois siervos pagados con oro francés y que adoráis a Jarnac de Lesperruy —exclamó Carina con retadora insolencia no desprovista de bravura.

El más viejo de los pastores contuvo el ademán de los otros dos que medio se incorporaron ostentando en sus diestras el cuchillo que acababan de sacar de sus cintos.

—Mide tus palabras, Carina. Los Fonti tenéis demasiados humos de grandeza y os creéis que todo os está permitido. Si Pietro triunfó en Nápoles imponiendo el terror, no lograréis hacer lo mismo aquí. Antes te mataremos.

Carina Fonti demostró que si a veces se dejaba llevar por coléricos arrebatos sabía dominarse cuando las circunstancias no le eran favorables.

—Os equivocáis los pastores que tal mal conceptuáis a Pietro. Pietro es corso y su amor os protegería al devolveros la independencia. Es por vosotros que los Fonti luchamos, y es por vosotros que Tino ha muerto bajo el hacha del verdugo. ¿Tenéis miedo a las represalias de Jarnac de Lesperruy? Estad tranquilos; así como maté al delator, así mataré a Jarnac...

—¡Loca! —interrumpió el pastor—. Si Jarnac muere asesinado, el rey de Francia mandará una expedición de castigo que diezmará nuestro pueblo.

Un violento resplandor iluminó la choza penetrando por su abertura, y el relámpago precedió en segundos la descarga ruidosa del trueno, que con su estrépito anunció que la tormenta Invadía el litoral corso.

Los dos jóvenes pastores se levantaron con decidida intención. Uno de ellos murmuró:

—Esta mujer acarreará la desgracia sobre nosotros. Matémosla...

Carina retrocedió hacia el fondo de la choza; lamentaba haber dejado por reto su puñal en el pecho del espadachín delator. Esta vez el pastor que había antes detenido el impulso de sus dos compañeros no repitió su aplacadora intervención. Los dos pastores avanzaron con inexorable lentitud...

Un nuevo resplandor incendió de blanca luminosidad la choza y el embozado de negra capa y negro sombrero de anchas alas que hasta entonces había estado escuchando, entró mientras el aire parecía hendirse aplastado por el retumbar fragoroso de un trueno cuya sonoridad fué centuplicada por el eco de la barrancada, ahogando el grito con el que Carina Fonti adosada al fondo de la choza contemplaba con ojos llameantes el avance amenazador de los dos pastores que con los labios crispados tendían hacia ella las diestras armadas.

Al apagarse el último eco del estampido celeste, una voz tranquila y burlona habló en francés, el segundo idioma natal de los corsos.

—Horadar espaldas no me gusta, pero tendré que hacerlo si dais un paso más.

Los dos pastores detuviéronse en seco volviendo las cabezas, gesto que imitó el otro pastor sentado.

Vieron en el umbral la silueta confusa de un hombre vestido de negro que sólo asomaba por la cintura y entre los pliegues de su capa los cañones de dos pistolas apuntando rectamente. Un nuevo relámpago iluminó dos negros ojos de irónica dureza y una nariz aquilina bajo la que sombreaba el fino trazo de un bigote negro.

—Dejad caer gentilmente los cortantes y os lo agradeceré — habló de nuevo el desconocido.

Su voz, aunque burlona, tenía matices de hombre acostumbrado al mando y a ser obedecido con prontitud. Los dos cañones de las pistolas subieron y bajaron con tan significativo ademán que los dos pastores abrieron Sus manos y en el suelo tapizado de ramaje cayeron los dos cuchillos.

—Es poco galante asustar a una dama que seguramente vino en busca de vuestra hospitalidad.

—¿Tú fuiste el hombre contra el que dispararon los mosqueteros? — preguntó el pastor que estaba sentado.

—Sí. Debo reconocer que no me acogieron cordialmente. Como vosotros estabais dispuestos a hacer con esa dama, ellos querían hacer conmigo. Pero no les guardo rencor. ¿Y vos, señorita, guardáis rencor a esos guardianes de ovejas que tan mal os recibieron?

Carina Fonti agazapóse rápidamente cogiendo los dos puñales que colocó en la ancha faja carmesí de su vestido azul. La tenue luz de la torcida mecha aceitosa reveló la morena carnación de su brazo cuando se tendió en imperativo ademán hacia el pastor sentado, que dócilmente, aunque con expresión ceñuda, entregó su cuchillo.

Y Carina Fonti con triunfante carcajada vino a colocarse junto al desconocido que tan oportunamente acababa de salvarla de una muerte cierta. El desconocido volvió a enfundar sus dos pistolas, pero entreabriendo su capa conservó las dos manos en estrecho contacto con las culatas que se entrecruzaban en su cinto de cuero negro incrustado de oro y plata.

—¿Es uno de tus cómplices, no. Carina? —habló el pastor sentado, mientras los otros dos se colocaban a sus espaldas—. Podéis matarnos si queréis, pero así como la gente de paz de Córcega maldice de tu hermano, así yo te maldigo por la infernal

ambición que convierte en criminales a cuantos obedecen el mandato de los Fonti.

Carina llevaba aún en la mano el cuchillo que había pedido al que hablaba. Dió un paso hacia adelante con semblante enfurecido, pero en su brazo armado se posó delicada, pero firmemente, la mano del desconocido.

—Dejadlo, señora. Él os dejó hablar cuando le acusasteis de estar vendido al francés.

—Todas sus palabras no han sido más que insultos a mi familia. Son tan torpes y tan cobardes que prefieren el yugo francés al amante gobierno de Pietro —y Carina escudriñó al terminar de hablar las facciones de su salvador—. No os conozco, ¿quién sois? ¿Huíais de Jarnac de Lesperruy? ¿La “vendetta” os obligó a abandonar la ciudad?

—La tormenta se ha deslizado hacia el interior. Dejemos si queréis a esos tres mozos disfrutar a solas de su choza inhospitalaria y dadme guía por esas escarpaduras que nunca he pisado.

Carina Fonti aceptó la mano que le tendía el desconocido, pero antes de salir volvió la cabeza, mirando con rencorosa dureza a los tres pastores que inmóviles la contemplaban con idéntica expresión huraña.

—Queráis o no, Pietro gobernará Córcega y algún día os arrepentiréis de vuestras palabras.

En la barrancada, la mano de Carina fué conduciendo al desconocido hasta el sinuoso camino que ascendía a lo alto del acantilado. Otro sendero en forma de herradura partía de la cúspide internándose en la floresta y poco después Carina soltaba la mano del desconocido para empujar la puerta de una choza escondida entre altos matorrales. Y en su interior, al encender una torcida que colgaba de la pared, iluminó débilmente los rústicos contornos de una mesa de pino, dos bancos de la misma madera y un largo camastro sobre el que un trabuco reposaba.



...y dadme guía por estas escarpaduras que nunca he pisado.

—Es la choza donde vivía mi hermano Tino, decapitado por el hacha del verdugo francés. Yo soy Carina Fonti. Decidme, ¿vos quién sois?

—Carlos Lezama, mestizo de sangre española —y el Pirata Negro depositó en el banco su capa y su sombrero, sentándose frente a Carina que le observó en silencio.

Los negros cabellos, el mentón rasurado y hendido en dos, la bronceada piel y la elástica musculatura hercúlea que adivinábase bajo el negro ropaje, indicaron a la sagaz mujer que el hombre que se había presentado como Carlos Lezama, era de la raza de los aventureros natos.

—¿Por qué os dispararon los mosqueteros? —preguntó.

—Debo suponer que no les fui grato. Tengo un asunto pendiente con Jarnac de Lesperruy y desembarqué en la base del acantilado. Creí que nadie había advertido mi llegada y los pocos deseos que tenía de explicar los motivos de su viaje, pero tuve que brincar velozmente para escapar a los ansiosos esfuerzos con los que los mosqueteros deseaban pedirme explicaciones.

—¿Decís que tenéis un asunto pendiente con Jarnac?

—Sí, y no miento.

—Cuando os vi aparecer tan repentinamente en el umbral iluminado por el rayo, vuestra negra silueta me infundió más pavor

que los cuchillos que me amenazaban. Creí que erais ánima de las que dicen vagan por el acantilado las noches de tempestad.

—Habláis con mucha sensatez, para que os suponga inclinada a creer en consejas de ancianas y en supersticiones de ignorantes. ¿Seguís creyéndome un ánima fantasmal? —y el Pirata Negro sonrió. Sus blancos dientes destacáronse en la morena faz.

—Os creo enviado por la Providencia. Fui a pedir refugio a los pastores no porque lo necesitase, sino porque quería que secundasen mi "vendetta" contra Jarnac de Lesperruy. Y en vos veo al hombre que puede ayudarme. ¡Jarnac de Lesperruy debe morir!

—Sino fatal de todo ser humano, Carina. ¿Qué os hizo el francés?

—Él y sus mosqueteros oprimen al pueblo corso, imponiéndonos el gobierno francés, que no deseamos. Ayer mi hermano Tino, apresado por Jarnac, murió a manos del verdugo. Escuchadme, Lezama: ¿me equivoco si leo en vuestro semblante un temple luchador y de hombre dispuesto a todo?

—Galante soy y nunca quiero contradecir a una dama.

—¿Os gustaría ganar mucho dinero? Más oro del que podáis soñar.

—Cambiaría gustoso todo el oro del mundo por una sonrisa vuestra.

—Dejad aparte la galantería, señor español —dijo adustamente Carina—. Yo os propongo matar a Jarnac porque es obra justiciera. Al hacerlo os ganáis el favor de los Fonti y nunca lo lamentaréis.

—Yo andaré mi camino para verme con Jarnac a solas. Decidme vos cuál es vuestro camino. Puedo fallar en mis designios y no me disgustaría conocer los vuestros.

—Si conocéis a Jarnac aunque sólo sea de oídas, sabréis que es un fanfarrón que alardea de que no han fundido aún la bala ni han templado el acero que ha de terminar con él. Su misma fanfarronería ha de perderle; yo sé que me bastaría con el apoyo de un hombre como vos para terminar con la vida de Lesperruy. Poro quizás tenéis razón al intentar con vuestro sólo, esfuerzo liquidar la querella que tenéis con el francés. Yo pediré la ayuda de Conradi, el pastor, que es fiel a los Fonti. Y así si vos fracasáis, que no lo deseo, Conradi y yo daremos cuenta de Lesperruy y os vengaremos.

—Lesperruy no es hombre fácil de vencer. Ved cuantas

precauciones he usado yo para acercarme por mar a playa próxima a Ajaccio. Y vos, Carina, aunque mujer valiente, sois al fin mujer. Al que llamáis Conradi, si pastor es, me temo que en cordero termine a manos de Jarnac.

—Tranquilizaos. ¿Cuándo pensáis entrar en Ajaccio?

—En camino me pondré dentro de una hora, si vos me orientáis desde aquí. Y no dudéis que tan pronto llegue mi primera visita será para Jarnac. Pero como decís muy bien, puedo dejarle en vida.

—Si así fuera, en la noche próxima caería en celada segura. ¿No sabéis que el francés tiene fama de proteger a los débiles? —y Carina rió con sarcástico resquemor—. Muchos estúpidos creen que es un caballero, y él se complace en suscitar esa creencia. Por eso he imaginado un plan sencillo basándome en las costumbres de Lesperruy. A las ocho de la noche sale del cuerpo de guardia y se va a su mesón. Pasa siempre por el mismo camino y hay una casa donde los que la habitan desean el gobierno de mi hermano Pietro. Ante ella suele pasar Lesperruy hacia las ocho y diez minutos. Es calle obscura y no dudo que si yo desde el porche de la casa pido auxilio debatiéndome entre los brazos de Conradi, como doncella atacada por malandrín, Lesperruy acudirá solícito para mantener su pabellón de caballero protector. Conradi parecerá empujarme hacia el interior de la casa, siendo yo quien le empuje y cuando Lesperruy esté bajo el porche yo misma le derribaré con ese trabuco que ahí veis, y que pertenecía a mi hermano.

—Permitidme preguntaros dos cosas: ¿Por qué aguardasteis hasta hoy si tan seguro era cazar a Jarnac? ¿Y por qué necesitáis de Conradi si cualquier ocupante de la casa de vuestros amigos os podía servir de actor en vuestra comedia?

—La muerte de Jarnac atraerá castigo del Rey. Y sólo ayer recibí orden de mi hermano Pietro para desencadenar el castigo real que irritará a los tedios que aún se resisten a secundar la rebelión que ha de traer la venturosa gobernación de Pietro. Y debo servirme de Conradi porque me es fiel sin vacilaciones y no teme a Jarnac. En cambio los de la casa si bien amigos, se imaginan que mi pulso puede fallar y no quieren exponerse a la cólera de Lesperruy.

—Permitidme la última pregunta sobre esto: ¿si tan segura estabais de Conradi para qué arriesgaros a suscitar las cuchilladas de tres pastores rebeldes al amoroso gobierno de vuestro hermano

Pietro?

—Sois sutil y me place, porque necesitamos de hombres como vos. No ataquéis a Lesperruy; os prefiero en vida para que realicéis misión más elevada. Pietro requiere hombres de vuestra capacidad. Os daré carta para él y si sois ambicioso, quizás lleguéis a lo que no pudisteis imaginar cuando tuvisteis la suerte, que también fué mía, de entrar en la choza de los pastores. Pietro quiere ya organizar en regla grupos de combate en la isla; me pide que le envíe hombres audaces e inteligentes para que estudiados por él, reciban mando de cada grupo. Y él triunfo de los Fonti sería vuestro triunfo.

—Aceptaré la carta con gran regocijo. Pero no habéis contestado a mi interrogación: ¿Qué os propusisteis al pedir ayuda en tres pastores que suponíais enemigos de Pietro?

—Leo también en vuestro rostro una aguda inteligencia que se demuestra en vuestras acertadas cuestiones. Si vos me hubieseis ayudado, o si Conradi lo hace, no quedará huella de quien mató a Jarnac. Pero mi hermano domina a la perfección lo qué es el arte político de conducir a las multitudes. Si los tres pastores me hubiesen prestado apoyo, sus cadáveres junto al de Jarnac habría excitado el descontento popular. Hasta hoy afirman que el francés sólo persigue a bandidos: ¿diría lo mismo si hubiera hallado la muerte matando a tres inocentes pastores que querían impedirle de forzar la honestidad de una mujer corsa?

—Me habéis halagado al conceptuarme inteligente. Debo deciros que esta última parte de vuestra explicación no la comprendo en absoluto.

—Un gran fin debe conseguirse sin, reparar en los medios, ¿verdad?

—Siempre he oído dar por buena esa máxima.

—Cuando Jarnac hubiese caído al yo dispararle, los amigos de la casa en que le atraeré, no habrían tenido inconveniente en servirse de la espada de Jarnac para después apuñalarlos y dejarla clavada en el cuerpo de uno de los tres pastores. Y huirían pero antes propalarían el rumor de que los tres pastores hallaron la muerte por defender a la dueña de la casa de las deshonestas intenciones de Jarnac de Lesperruy.

—Muy deseosos deben estar de que Pietro Fonti gobierne en Córcega.

—Pietro conoce el poder del oro... —dijo ella sonriendo, y convencida de que aquella frase le aseguraba aún más la colaboración del aventurero español, que por su espada de duelista y la facilidad con la que había exhibido dos pistolas, simbolizaba al mercenario tan común en la época, que vendía su brazo al mejor pagador.

—Doy por providencial nuestro encuentro, Carina. Iré, de todos modos, a Ajaccio, porque hallaré allí amigo que me dé pasaje en barco que parta para Nápoles. Escribidme pues, esa carta para vuestro hermano, que debo partir aprovechando lo que resta de noche.

De debajo del camastro extrajo Carina Fonti una caja que contenía recio papel sellado con un blasón y la pluma que mojó en tinta roja fué rasgueando a medida que iba escribiendo con letra clara y regular.

Al terminar de escribir, dobló el papel y el cordón rojo que colgaba del lacre superior lo arrolló en cruz que por las dos caras cerró el escrito. De la caja tomó un pastel de lacre que derritió a la llamita de la torcida y las gruesas gotas ardiendo fueron extendiéndose en el centro de la cruz. Volvióse a sentar frente al Pirata Negro y quitóse del escote un camafeo que llevaba el mismo escudo que el sello interior del papel. Aplicó el camafeo en el lacre aún blando y caliente, y terminadas esas operaciones tendió la carta sellada al nuevo “servidor” de la familia Fonti.

—En ella le expreso a mi hermano mi seguridad de que seréis elemento de valía. También le digo que mi vida habéis salvado. Y él os conferirá un puesto de honor entre los afortunados que traerán para Córcega el alborear de una era de prosperidad con el gobierno del generoso y patriótico Pietro.

—Que todo salga a la medida de vuestros anhelos —dijo sonriente el Pirata Negro, poniéndose en pie. — Debo partir.

—Os acompañaré hasta las proximidades del escondrijo de Conradi. Desde allí divisaréis el camino seguro que os señalaré para que lleguéis sin tropiezos a Ajaccio.

Durante y el camino y hasta que con cortés reverencia Carlos Lezama se despidió de ella, Carina Fonti no cesó de entonar un himno de alabanzas que desgranó letanías en loa de “la generosidad, el amor patriótico y honrada rectitud de Pietro Fonti,

el corso bendito”...

CAPITULO III

El peligroso enamorado

Desde la balconada de aquel salón palaciego de la residencia suntuosa del regente del reino de Nápoles, veíase el maravilloso espectáculo sin par del golfo napolitano, terciopelo azul donde blancas gaviotas surcaban el límpido cielo rolando hacia el collar de islas que daba frente al empenachado Vesubio..

Marisa d'Ambri abanicábase nerviosamente y las varillas marfileñas que unían entre sí el tejido sedoso que velaba su boca temblorosa, rozaban las largas pestañas entrecerradas mientras recortándose su bella figura contra el fondo azulado del paisaje napolitano que se divisaba desde la abierta balconada del salón, recibía en su mano el respetuosa beso que Pietro Fonti, inclinando su alta talla imprimía en ella, con rendido acatamiento.

Si en todos los oídos napolitanos sonaban voces amigas hablando de Pietro Fonti bastaba que dijeran "el corso— maldito" para que sin necesidad de más aclaraciones supieran a quien se aludía; pero el carácter napolitano era frívolo y aún odiando infinitamente al hombre que les aterrorizaba con la sola mención de su nombre, reía gustoso al saber que el implacable y maligno favorito del regente, bebía los vientos y trocaba sus habituales vestiduras sobrias y militares, por el remilgado atuendo

de un elegante cortesano a la última moda parisina, cada vez que visitaba a Marisa d'Ambri, la autora del milagro de que el insensible y brutal corso, por un especialísimo deseo, se convirtiera en palaciego siempre que se presentaba ante la napolitana que por su parentesco con el regente vivía en el ala izquierda del suntuoso edificio.

Y los napolitanos reían primero, comentando la poco distinguida

figura que Pietro Fonti ofrecía embutidas sus nudosas espaldas en la florida casaca y apretado el cuello en la gorguera de encajes, enmarcado el rostro flaco y ascético en la blanca peluca que cubría sus naturales cabellos cortos y crespos de endrina aspereza.

Pero la irrisión principal de los napolitanos matizábase de una secreta esperanza, ya que todos conocían el voluble y caprichoso desenfado del alegre temperamento de la más frívola de las napolitanas. Y auguraban que si Pietro Fonti habíase rendido incomprensiblemente al innegable encanto de Marisa d'Ambri, ella lograría amansar en favor de los napolitanos al fiero y cruel "corso maldito".

Pero se habrían sentido ligeramente decepcionados en sus secretas esperanzas si hubieran podido ver la temblorosa actitud con la que la siempre reidora e ingeniosa Marisa d'Ambri recibía en su mano el devoto beso de Pietro Fonti.

El abanico concedió su eficaz pantalla, y cuando Pietro Fonti irguió de nuevo el busto sólo vió, con hondo arrobo casi místico, los hermosos ojos aterciopelados de Marisa d'Ambri mirarle reidores por las entrecerradas pestañas y no pudo percibir el tembloroso aleteo de los bellos labios femeninos.

Pietro Fonti señaló al atildado caballero que, tendido sobre las brillantes losas jaspeadas del salón, yacía boca arriba atravesado el pecho por una espada. Y la vaina que colgaba semioculta, prendida en un ojal de la casaca florida de Fonti, estaba vacía.

—¿Os importuna la misión de este viborezno, señora? —preguntó Fonti, empleando el lenguaje francés, que era en toda Italia marca de distinción.

Marisa d'Ambri volvióse de espaldas sin hablar porque temía que su voz sonara poco firmemente demostrando su miedo. Y si demostraba el menor miedo peligraría el dominio que sobre el indomable dueño de Nápoles ejercía.

—Hacéis bien en posar los ojos en el bello paisaje —dijo torpemente el corso, que no tenía facilidad en expresarse con la poética galantería que hubiese deseado—, Pero, habladme, para evitarme el pesar de creer que he herido vuestra delicadeza al pisotear ante vos a ese viborezno.

Marisa d'Ambri desgranó la cascabelera risa musical, que era uno de sus múltiples encantos.

—Comprended, amigo Pietro, que no es placentera diversión obsequiarme con la muerte de ese caballero que tildáis de viborezno a guisa de saludo mañanero, en mis propios salones y mientras estaba yo escuchando las frases que me decía. No, amigo Pietro, no es éste el mejor método para lograr que os depare mi afecto. Aborrezco la violencia, si es intempestiva como lo fué la vuestra. ¿Qué os hizo ese caballero para que irrumpieseis de pronto y lo atravesaseis de salvaje estocada?

Pietro Fonti siguió a la dama, que, saliendo al exterior de la balconada, apoyó una de sus manos en la balaustrada que sobresalía encima de los policromos jardines del palacio.

—Osó hablaros de amor, señora

—dijo Fonti, ceñudamente.

Rió de nuevo Marisa d'Ambri y chispearon sus ojos maliciosamente, encubriendo con ello el temor que, aun amenguado, latía en su interior.

—¿No soy, por ventura, mujer libre, sin esposo, ni amante? ¿No pueden los caballeros, si hablan con discreta cortesía, manifestarme favorables bálagos que toda mujer agradece? Sois salvaje, amigo Pietro, y si así las usáis con quien me requiebre, deberé vestir tocas monacales, pues no quiero compartir la responsabilidad que me atañería si en lo sucesivo a cada caballero dais tan pronta muerte insospechada, por el inexistente delito de dedicarme lindo madrigal inocente y bien dicho.

—Al decir que osó hablaros de amor, señora, sólo me referí a una de las culpas. Tengo el orgullo de afirmar que nadie en Nápoles osará importunaros con solicitudes amorosas mientras yo aspire a vuestra mano.

—Oran merced que me hacéis, pero tened en cuenta que el caballero Renoudel ignoraba que vos me guardabais y me distinguíais con vuestra privilegiada aspiración.

Sentóse Marisa d'Ambri en un sillón protegido del sol por un dosel. Pietro Fonti vino a su lado y habló con vehemencia, procurando dominar su fácil irascibilidad.

—A veces, señora, creo que os burláis de mí. Nací en tierra que no conoce de ingeniosas burlas; es tierra dura, salvaje, si queréis, pero los que en ella nacen sólo aman una vez y sólo muertos dejan de amar. Excusadme si empleo la franqueza del soldado, que me es

más familiar que el lenguaje al que estáis acostumbrada. Desde que os vi os amé. No me respondáis, y, ya que estoy dispuesto a hablar, dejadme proseguir. Disfruto del favor del regente, vuestro primo, y cuanto yo quiera se hace en Nápoles. Si ordeno ejecutar, el regente firma; si ordeno prisión, el regente firma, y cuanto deseo lo obtengo, porque yo dispongo de la fuerza, y los únicos hombres armados que deambulan por las calles de la capital son mis "mesniadieri", los bravos con los que derroté al usurpador para colocar en la regencia a vuestro primo. Cuanto quiera lo tengo con una sola palabra que diga. Y si sólo fuera un mero antojo la pasión que por vos resiento, os hubiera tomado, porque cuanto hay en Nápoles me pertenece. Pero os amo, Marisa, y si la fuerza en todo triunfa, halla una barrera en su arrollador impulso; la única barrera, que es, cuando se ama como yo os amo, el deseo de que compartáis mi amor. No hallaré reposo hasta que no me digáis que libremente accedéis a hacerme dichoso siendo mía por amor. Sabedlo: yo, a quien todos temen porque así lo quiero, no solicito amor que nazca de temor, sino amor que nazca de vuestro corazón. Y mientras, todo aquel que se atreva a galantearos recibirá la misma suerte que Renoudel.

—Os sienta mejor el brusco estilo soldadesco que los balbuceos cortesanos; pero, creedme, amigo Pietro, de igual modo que no os niego que algún día puedo sentirme inclinada a compartir vuestro amor, también os afirmo que habéis perdido parte de mi estima al veros matar tan despiadadamente a un caballero que era compatriota vuestro, y que, además de venir a ofreceros sus servicios, recibiendo ayer mismo por la noche dinero de vuestras manos, no hacía más que cumplir con un deber de cortesía al pedirme audiencia esta mañana.

—Renoudel era un traidor, señora. Lo sé con certeza, y sus motivos para traicionarme no os los puedo revelar porque pertenecen a secretos de gobierno.

—Si de mí desconfiáis, mal puedo ir adquiriendo confianza en vos.

—De nuevo os hablaré con franqueza. Sé que los imbéciles napolitanos se burlan de mí por mi torpeza al intentar gustaros; sé que dicen que vos sois demasiado espiritual y distinguida para sentir la menor atracción hacia un cabecilla de "mesniadieri". No

estoy tan cegado como para no comprender todo esto; pero a tanto no llega mi ceguera para no recordar que los asuntos de gobierno son cosas que no deben discutirse con damas.

—Me ofendéis —rió alegremente Marisa—. Venís a decirme que soy una estúpida por mujer y que están muy por encima de mi pobre cerebro femenino las áridas materias de gobierno.

—Porque precisamente sois demando inteligente es por lo que... en ocasiones os temo.

—¿Que vos me teméis? —sonrió Marisa—. Es el mejor madrigal que podíais dedicarme. Gracias, amigo Pietro, aunque os desmintáis de vuestras anteriores palabras. El hombre que ama no puede temer a quien dice amar.

—Vos comprendéis muy bien el sentido de mis palabras, aunque os divierte jugar conmigo. Pero tened cuidado, señora. Si amo, también podría odiar con la misma fuerza.

Marisa d'Ambri levantóse con gesto altivo, y si en su interior alentaba el miedo no lo exteriorizó en el ademán imperativo con el que señaló al "dueño de Nápoles" el marco del ventanal que conducía al salón.

—Podéis retiraros, señor. Cuando estéis de mejor temple, venid a verme. Ahora quiero que me libréis de vuestra presencia.

Pietro Fonti enrojeció violentamente y por su flaco rostro severo pasó una fugaz crispación de ira. Pero mirando la bella armonía grácil y delicada que se plasmaba en la figura de la mujer que le ordenaba salir con tanto aplomo, Pietro Fonti sólo tuvo un pensamiento: verla de nuevo sonreírle cariñosamente como a instantes ella hacía.

—Vos me mandáis, señora —y con reverencia cortesana añadió —: Vuestro rendido y humilde servidor.

Cruzaba ya el umbral del balcón, cuando a sus espaldas la voz de Marisa le advirtió:

—Al marcharos, llevaos a vuestro compatriota. Mancha mis suelos.

Pietro Fonti, al pasar junto al cadáver, lo levantó entre sus brazos, pero de pronto, con la mutabilidad propia de su violento y pasional carácter, lo lanzó contra el suelo, e iba a salir cuando dió media vuelta.

Inclinóse sobre el cuerpo muerto y hurgó en los bolsillos

interiores de la casaca, de donde extrajo una bolsa de mallas de plata por las que veíanse monedas áureas. Colocóse la bolsa en su faltriquera y, arrastrando por una pierna el cadáver, salió de la habitación, cerrando tras sí la puerta con rudo tirón.

Atravesó el largo corredor que comunicaba el ala izquierda del palacio con las habitaciones que él mismo ocupaba en los altos de la fachada norte, y, entrando en su escritorio, dejó caer la pierna inerte que había servido para arrastrar al hombre atravesado por su espada.

Fuése a sentar tras la gran mesa de escribanía y agitó con fuerza una campanilla. Instantes después entraba en el despacho un grueso individuo de corta talla y ancho rostro poblado de verrugas, que vestía llamativamente con colores chillones, en mezcla de ropa cortesana y militar. La blanca peluca que encubría un cráneo calvo, y la gorguera de encajes, así como la media y el zapato de lazo, le hacían cortesano; pero el jubón de piel curtida y los calzones de montar, junto con la larga espada duelista que colgaba del tahalí arrastrando tras él, le conferían el resto de su aspecto mixto.

—Siéntate, Paolo. Es preciso que otra vez tus informes lleguen antes. Si Renoudel era un espía al servicio del Rey de Francia que venía a sorprenderme para intentar averiguar mis ideas concretas con respecto a Córcega, debiste estar enterado antes. No puedo correr el riesgo de que mi principal aspiración quede frustrada por la intromisión de espías franceses. ¿Por qué ayer noche tu mano se apoyó en el hombro de Renoudel mientras éste hablaba conmigo? Es éste el gesto con el que me indicas que puedo tener confianza. Y, sin embargo, tu gesto debía haber sido el lógico cuando me visitan personajes dudosos: colocarte junto a mí.

—Anoche yo mismo estudié la credencial de Renoudel, señor. Y llevaba el sello de los Fonti, aunque la letra no era de la signorina Carina; pero sólo esta mañana llegó el informe advirtiéndome que Renoudel estaba a la paga del rey francés.

—Habrá que adelantar los acontecimientos, Paolo. Un Fonti reinando en Nápoles es sólo el primer paso; las arcas napolitanas pagarán la conquista de Córcega..., y pronto han de saber aquellos estúpidos quién es Pietro Fonti. Y también sabrán quién soy los que aquí se burlan de mí. ¿Dicen que habrían preferido que el Vesubio inundase de lava Nápoles el día que yo vine al frente de mis

“mesniadieri”? Repetirán lo mismo el día en que dejemos Nápoles, Paola»

CAPÍTULO IV

Dos antiguos amigos

Cuando Jarnac de Lesperruy comía a solas ofrecía la más cabal semejanza con un león hambriento, y satisfacía su profunda convicción de que el tenedor era un instrumento que disminuía el sabor de un pollo, siendo también su particular opinión que un pollo en pepitoria se componía de tres pechugas, seis muslos y el mismo número de alones.

Cómodamente instalado en su sillón sesteaba apaciblemente, sonriendo con beatitud bajo los efectos de una agradable digestión, cuando, al oír pasos en la antesala de su alcoba, abrió un párpado que descubrió una pupila azul indignadísima.

Si algo exasperaba a Jarnac era que turbasen el sueñecito que echaba después de sus copiosas comidas del mediodía. Y por eso asestó una mirada asesina a su escudero cuando éste entró vacilante y sin entusiasmo.

—¡Voto al pellejo podrido del vino agrio! —gritó Jarnac con atronadora reciedumbre—. Un día te mataré a palos, pillo redomado. Pretendes tenerme afecto, y, sin embargo, vienes a, despertarme en los sagrados momentos en que concedo un merecido descanso a mi sufrido cuerpo. A las cuatro, cuando no me perjudique un poco de ejercicio, vas a correr por todas las calles de Ajaccio con la puntera de mi bota pegada en tu parte posterior. Pero, ¿es que has venido a extasiarte ante mi belleza? ¿Qué haces ahí, mudo y babeando susurros?

El escudero no pudo alegar que hasta entonces no había tenido ocasión de dejarse oír ante la avalancha del vozarrón de su amo.

—Un caballero que desea veros, mi señor.

—¿Tendrás mala fe? ¿Tendrás perversidad? —y Jarnac se atusó

el bigote con bruscos tirones—. Te tiene sin cuidado mi salud; quieres verme muerto. ¿No te tengo dicho que cuando reposo no estoy visible ni siquiera para Su Majestad el Rey? ¡Un caballero! —y el bufido de Jarnac hizo retroceder un paso al escudero—. ¡Y me lo dices tan tranquilamente! Ya sabes, a las cuatro espérame en la puerta echándote salivilla en los tacones para correr más deprisa. Vete, ¡desaparece de mi vista!

Y Jarnac de Lesperruy volvió a cerrar los párpados, cruzando las manos sobre el estómago. Pero de nuevo abrió un párpado y su pupila denotaba un estupor sin límites. ¿Es que se había vuelto loco aquel tunante? ¡Pues no estaba abriendo la boca y mascullando! ¿Rebelión?

—Es que... es que el caballero se llama...

Jarnac de Lesperruy habló con suave entonación que produjo sudores en la frente del angustiado escudero.

—¿Dije, mi querido verdugo, que iba a patearte las sentadoras? Falsa promesa; a las cuatro me servirás de pelota.

—¡Me dijo el caballero que me cortaría las orejas si no os despertaba! —gritó el escudero, atropellando las palabras—. ¡Y me dió la impresión que podía hacerlo! ¡Y se llama Carlos Lezama!

El salto que dió Jarnac en su sillón hizo cerrar los ojos al escudero, que, encomendando su alma a Dios, sintió que sus piernas perdían considerable tamaño.

Pero el huracán muscular en que habíase convertido el hasta entonces pacífico corpachón de Jarnac pasó de largo por su lado y, atravesando la antesala, se abatió como un bólido en recio abrazo alrededor de los hombros del Pirata Negro.

—¡Diantres, Jarnac! —exclamó Lezama—. Si es así como recibís a los amigos, me horroriza pensar cómo trataréis a los que no os sean gratos.

Los palmoteos que las manazas del mosquetero prodigaban en las espaldas de Lezama fueron decreciendo en contundencia y deshaciendo el abrazo; Jarnac, con jubilosa sonrisa, examinó complacido al que, no ignorando era el Pirata Negro, estimaba con toda la sinceridad de su infantil corazón generoso.

—Seguís tan fuerte y tan joven, hidalgo. Es tal la impresión que me causa el veros, que lo atribuyo a milagrosa aparición.

—¿También vos supersticioso? Pero, ¿pensáis tenerme en pie

durante las largas horas que dure nuestra conversación?

—Perdonad, hidalgo. ¡Champán, bribón! — gritó hacia el escudero—. Y no te salvarás, pillo. ¿No pudiste decirme inmediatamente de quién se trataba? Venid, hidalgo; hablaremos cómodamente en mi alcoba.

Apenas estuvieron sentados, Carlos Lezama explicóse.

—En la costa mejicana, un aventurero francés que murió por imprudente me entregó una misiva firmada por vos. Duplessis se llamaba y tuvo la atención de entregarme vuestra carta antes de morir. En ella me decíais que, estando en Córcega, os gustaría que viniera a haceros compañía con el fin de presentarme a un gran amigo vuestro llamado Pietro Fonti. Me picó la curiosidad, y aquí me tenéis, mientras mi velero busca parajes poco transitados para no tropezarse con encuentros molestos. Recuerdo siempre con simpatía la ocasión inicial de nuestra amistad[1], y Europa siempre me ha atraído misteriosamente, como si en ella hubiera una voz secreta que me llamase continuamente. ¿Será quizá la voz de vuestra amistad que me honra?

—No dudéis nunca de que mi único amigo sois vos, Carlos.

—Palabras impropias de un mosquetero, cuya obligación es apresar a un pirata como yo.

—¡Chist, chist! Vos sois el hidalgo español "don" Carlos Lezama. Y para los convencionalismos quedo en paz.

—¿Vuestra esposa sigue siendo la más bella dama de Francia?

—Si lo dudarais, perderíamos la amistad. ¡Hola, bribón! Llena ya las copas, que la emoción me ha dado sed. Y ahora Tete, que me apena el mirarte. Buen vinillo, ¿eh, hidalgo? —aprobó Jarnac, chasqueando la lengua contra el paladar.

—Excelente es. Bien; ahora ¿me podéis explicar cuanto se refiere a vuestra presencia en esta isla? Debéis ponerme en antecedentes.

—Naturalmente, querido amigo mío. Aunque es difícil de explicar. Veréis; un buen día el Bey me mandó buscar y me dijo así: "Jarnac, tú eres la mejor espada del mundo y no hay soldado en todo el orbe que pueda compararse a ti". Hasta aquí, como veis, hablaba con sensatez y justicia, pero luego me engañó. Sí, no os riáis; me engañó. Me dijo: "Hay en Córcega una misión para hombre de tu inigualable valía. Limpia aquello de bandidos, porque éste es el deseo del pueblo corso. Te llevarás cuatro estandartes que,

mandados por ti, valdrán

lo mismo que cuarenta”. Y yo vine dispuesto a cazar bandidos en rudas peleas francas, pero no a jugar al escondite y de vez en cuando entregar un granuja al verdugo. Es tarea ingrata e infecta y no me cuadra, ¿comprendéis?

—¿Queréis significar que el corso os confunde con un esbirro opresor?

Jarnac de Lesperruy se alborotó tanto, que varios pelos de su mostacho quedaron prendidos entre sus dedos al atusarse fieramente las enhiestas guías.

—¡Tal bellaquería no puede pensarla el más malvado de los corsos! Yo no oprimo ni soy esbirro, porque me llamo Jarnac de Lesperruy.

—Bien, bien, Jarnac; disculpadme. Confundí torpemente el sentido de vuestras palabras. Os presento mis excusas.

—No iba con vos mi enfado, Carlos. Yo sé que vos me conocéis bien, pero el nudo del asunto está en que es misión impropia para mí, porque puede prestarse a que alguien me defina como vos dijisteis que el corso podía imaginarme. Sé que el Rey ha mandado agentes secretos a que espíen la verdadera fuente de donde parten los crímenes que, so capa de patriotismo, se cometen en las ciudades. Sé que el Rey ha hecho distribuir dinero para asegurarse fidelidades. Y ahí es donde me duele; yo vine a cazar bandidos, pero de astucias e intrigas no entiendo ni quiero entender.

—Me complace oíros hablar así. Confirma la opinión que de vos tenía formada. ¿Cuándo pensáis presentarme a vuestro amigo Pietro Fonti?

—¡Mi amigo! —bufó Jarnac—. Los ocho meses oprobiosos que llevo aquí aburriéndome me los pagará caros esa sabandija de Pietro Fonti. ¿Querréis creer que desde que Nápoles vive bajo su terror, el Fonti de mis pecados, como si no le bastara allí llenarse de sangre hasta los codos, azuza y paga los crímenes que aquí se efectúan?

—¿Qué pretende?

—Me contaron su historia. Fué, primero, el esbirro principal del antiguo gobernador de Córcega, un italiano aventurero contra el que los propios corsos suplicaron el favor de mi Rey. Después, Pietro Fonti marchóse diciendo que día llegaría en que volvería a

Córcega como dueño y señor. Partió con las fuerzas mercenarias del expulsado gobernador; lo mató, y, al frente de los "mesniadieri", ofreció su espada al derrocado regente de Nápoles, que había sido substituido por quien derecho tenía a la regencia. Y colocó al inútil, matando al regente, que todos los napolitanos querían. Y los canales del interior de Nápoles estuvieron acarreando hacia el mar los innumerables cadáveres de los patriotas que por su adhesión al anterior regente eran asesinados personalmente por Fonti y sus "mesniadieri". Pero, con ser todos esos crímenes suficientes para ajusticiarle, su rastrera obra aquí es la que me acalora. Porque lo que al principio era simplemente una limpieza de bandidos de poca monta, lo ha convertido él en oleada que encona los espíritus. Pero os prometo que eso se acabará cuando yo le eche el guante al coleto a ese reptil.

—Estando vos en Ajaccio y él en Nápoles, vuestro brazo, aunque largo es, no alcanza.

—Para eso he pedido licencia al Rey, porque si me moviera sin su permiso sería degradado. No creáis que miles de veces no he sentido la tentación de partir sin permiso… Pero mi esposa se apenaría mucho…

—Dicen que los corsos son vengativos y crueles. ¿Cómo no os tendieron emboscada?

—No pueden —rió Jarnac con aplomo—, Nadie puede tender emboscada a Jarnac de Lesperruy. Eso es lo que me aburre; bien está que reconozcan que soy invencible; pero, en fin, podrían intentar su suerte. Tuvieron esa oportunidad durante siete meses, pero como murieron asesinados algunos oficiales, el Rey decretó que si yo seguía la misma carretera final, diezmaría a los habitantes varones de Ajaccio. Deplorable, como veis, deplorable —se quejó amargamente Jarnac.

—Es indicio de la gran estima en que el Rey os tiene. Pero, ¿no teméis que alguien, precisamente sirviendo los ocultos fines de Pietro Fonti, intente atraeros a emboscada?

—Nadie se atrevería a diezmar a sus propios compatriotas. Eso dando por supuesto el imposible de los imposibles: que nadie pueda matarme a mí, que, espada en mano, aguanto la acometida de todo Ajaccio entero.

—Pero hay espíritus muy distintos al vuestro, Jarnac. Espíritus

traidores que urden tramas que vencen a la bravura explotando la nobleza. Suponed, por ejemplo, que veáis a una dama debatirse entre los brazos de un rufián... La dama pide auxilio: ¿qué haríais vos?

—Lo mismo que vos, naturalmente.

—Lo dudo; porque, ¿sabéis lo que yo haría?

—Atacar al malandrín y no cejar hasta hacerle morder el polvo.

—¿Veis como tenía yo razón al dudar que nuestra conducta sería la misma? Yo, si estuviera en vuestro lugar, al oír los gritos de la dama pidiendo auxilio, tomaría por otra calle alejándome cuanto más mejor.

—¡Bromeáis, hidalgo!

—Esta tarde, cuando anochezca, hablaremos de nuevo sobre esto, mientras yo os acompañe a donde tengáis por costumbre ir. Hablemos de Fonti: vos suponéis que matarlo sería terminar con su carrera sangrienta. Bastará, pues, que vayáis a Nápoles, le retéis a duelo, y asunto terminado.

Jarnac de Lesperruy puso una cara condolida.

—Ahí es donde vuelve a dolerme, hidalgo. El Rey me dará licencia, pero tened por cierto que me dirá lo que en casos parecidos suele decir. Que no rete a duelo si no poseo pruebas claras y terminantes que puedan a él convencerle de la culpabilidad de Pietro Fonti. Y no sirvo mucho para esas lides de astucia; he pensado que, quizá apretándole un poco el gaznate al corso maldito, y dejándole respirar lo suficiente, hablará. Pero, ¿y si no lo hace? ¡Voto al diablo! Hablará, o lo acogoto.

—¿Qué os parece si mientras llega vuestra licencia yo visito Nápoles y allí os espero?

—No podéis privarme de vuestra amistad, apenas... ¿Qué se quema, escudero de mis pecados? — preguntó amenazador Jarnac, al ver entrar precipitadamente a su escudero.

—Servicio urgente, mi señor. Un oficial con dos novedades de capital importancia. Repito, mi señor, las palabras que él ha dicho.

Un oficial entró, y, saludando a Jarnac, hizo lo mismo ante el Pirata Negro cuando el capitán húbole presentado como al hidalgo español don Carlos Lezama.

—Sentaos, señor oficial. Podéis hablar con entera libertad ante mi amigo.

—Es de índole privadísima lo que debo deciros, mi capitán.

—Suponed que en vez de dos orejas hoy tengo cuatro, y tanta confianza os ha de merecer mi amigo como yo mismo. ¿Cuáles son vuestras novedades?

—Anoche un embozado desembarcó a favor de la tempestad reinante y logró forzar la línea de vigilancia. Se le hicieron tres disparos, pero huyó por el acantilado de las Ánimas.

—Noticia sin importancia. Sólo me demuestra que vuestros hombres son incapaces de atinarle a un tonel aunque se lo coloquen encima de las rodillas. ¿Qué más?

—Supimos después por tres pastores que el recién desembarcado había marchado con Carina Fonti para mataros, mi capitán.

—No mezclemos mujeres en nuestros asuntos —dijo Jarnac secamente.

—El caballero Fureteur hizo investigaciones…

—Es el jefe particular del servicio de espías —dijo desdeñosamente Jarnac, en aclaración destinada a Lezama—. ¿Y qué olfatearon las narices de Fureteur?

—Siguieron a Carina Fonti, que, acompañada de un pastor llamado Conradi, entraron en una casa cercana al cuerpo de guardia. Hábilmente, el caballero Fureteur infundió miedo al dueño de la casa y, tomándolo aparte, logró averiguar la conjura tramada contra vos, mi capitán. Cuando regresaseis del cuerpo de guardia para ir a cenar, Carina Fonti fingiría ser atacada por Conradi y os pediría auxilio, y al vos acudir desde el umbral la propia Carina os dispararía mortal arcabuzazo.

Jarnac de Lesperruy lanzó una ojeada estupefacta y henchida de perplejidad hacia el Pirata Negro, que le miró risueño.

—¿Veis, querido Jarnac, como a veces acierto al suponer emboscadas?

—Me pasma vuestra agudeza— —dijo Jarnac, convencidísimo —. Bien, señor oficial, supongo que ya no habrá más noticias.

—Carina Fonti y Conradi han ingresado en la prisión.

—¿Por qué motivo y con qué orden? —preguntó airado Jarnac.

—Ella, por asesinato del caballero francés Montsaur, y él, porque tiene varios crímenes de los que responder. Ordenó las detenciones el caballero Fureteur, que me enseñó el poder real.

Jarnac se encogió de hombros y despidió al oficial. Al quedarse

a solas con Lezama, suspiró resignadamente.

—¿Veis cuánta intriga y cuánto serpenteo? Hablo de Fureteur.

—Son precisas esas cosas, amigo Jarnac. Si no es por Fureteur, esta noche la signorina Carina os suelta un trabucazo por sentiros dispuesto a liberarla.

—Lo que me maravilla es cómo acertasteis a adivinar esta emboscada.

—Y a mí me maravilla vuestra cándida fe en mis supuestos poderes de adivinación. Ahora que Carina está presa, ya no tengo inconveniente en citar su nombre y aclararos que si os cité con anticipación la emboscada fué por el sencillo motivo de que Carina me la contó.

El respingo de Jarnac le hizo derramar el contenido de la copa que se disponía a apurar.

—Yo fui el embozado contra el que dispararon vuestros mosqueteros, con excusable torpeza dada la obscuridad. Por tanto, yo soy el hombre que, según los tres pastores, partí con Carina para venir a mataros.

Esta vez la mandíbula interior de Jarnac pareció desprendérsele y sus ojos se redondearon tan cómicamente asombrados, que el Pirata Negro prorrumpió en divertida carcajada. Explicó todo lo sucedido.

—Y ahora más que nunca es cuando tengo que dirigirme a Nápoles, donde os aguardaré. Tened presente que si Fureteur espía aquí, también Pietro Fonti tendrá sus espías. Y cuando sepa la prisión de Carina, quizá decida acelerar sus planes contra Córcega. Os prometo reservaros el placer de acogotar al corso maldito, cosa que podréis hacer si logro reunir las pruebas necesarias que os son exigidas por el Rey.

—¿Cómo daré con vos en Nápoles? Desconozco la ciudad.

—Subid al Vesubio y llamadme — dijo seriamente el Pirata Negro, y añadió, sonriendo—: Vuestra voz es lo suficiente potente para que os oyera. Pero, en evitación de que os desgañitéis, os propondré un fácil arreglo. Cuando dos personas se quieren citar en ciudad que ambos nunca han visitado, emplean un medio sencillo. Toda ciudad contiene una posada donde relevan los postillones de los servicios de diligencia. Allí me alocaré y allí os aguardo.

CAPITULO V

Paseos en góndola

A la caída de un atardecer de abril, el posadero, que aguardaba la llegada de la diligencia, cuyos postillones relevábanse en su casa, hizo una experta valoración mental del único pasajero que trajo la diligencia.

Aunque no llevase bagajes ni criado, el viajero vestía con la sobria elegancia sencilla, distintiva de los personajes de buena cuna. Y la cadena de gruesos eslabones que suspendía sobre su jubón una redonda placa punteada era de oro macizo, lo cual, para el posadero, constituía el espaldarazo con que, a su modo de entender, debían concederse los títulos de caballero.

Y frotóse las manos satisfecho de su buen ojo tasador, porque el viajero había pedido la mejor habitación, pagando un mes por anticipado, notificando a la vez en excelente francés que si alguien preguntase por el hidalgo Carlos Lezama fuera conducido a su habitación sin demora.

Y la cena la sirvió el propio posadero, que, sabedor, por declaración del hidalgo, de que no había visitado con anterioridad la bella ciudad de Nápoles, extendióse en acendrado panegírico del más artístico de los panoramas italianos.

—Y, después de cenar, excelencia, las damas y caballeros de noble alcurnia pasean en góndola por los canales. Admíranse las más hermosas damas de Italia, y os aseguro sin adulación, excelencia, que un caballero de vuestro porte gentil y de vuestra distinción quebrantará...

—Toda ciudad tiene sus bellas famosas... — atajó el Pirata Negro—. ¿Cuáles son las más bellas de las bellas napolitanas?

—Indiscutiblemente, excelencia, ninguna dama puede

compararse en encanto y hermosura a la signorina Marisa d'Ambri, prima del regente. Pero... hay también damas que, siendo menos peligrosas, pueden seduciros.

—Vacilaste e ibas a pronunciar otras palabras. ¿Marisa d'Ambri es peligrosa por ser prima del regente?

—¡Oh, no, corpo di Baco! Ella es buena, y los napolitanos la adoramos. Pero... Pietro Fonti la ama, y dicen que juró matar a quien tan sólo la requebrara —y la voz del posadero fué casi un susurro en su última frase—. Vos sois extranjero, excelencia, y por eso os he puesto en aviso. Pero temed siempre cuanto os rodee: las paredes oyen...

—La argamasa y la piedra de tu mesón son sólidas y sordas cuando a mí me hablas. Miraré de lejos a la bella prima del regente, aunque ¿cómo podré ni siquiera admirarla, si no sabré en qué góndola pasea?

—Las damas napolitanas ostentan sus divisas en las proas de sus góndolas, excelencia. Y la divisa de la d'Ambri es: "Non mi duole". Unos pretenden que quiere significar: "No lo lamento", refiriéndose al gran número de amantes que antes la cortejaron, porque es alegre como un pajarillo e inconstante en sus amoríos, y otros se inclinan por la traducción: "No sufre mi corazón", indicando que nunca su corazón sufrió de mal de amores.

—Entonces, ahora la divisa de esta interesante damita miente. Porque su corazón debe padecer ante su estéril latido, que no halla eco en Pietro Fonti, que, según tengo entendido, es cruel, implacable e insensible.

—Ved, excelencia, que tocamos conversación peligrosa. Hablar del corso con sinceridad no puede hacerse, aunque vos, como español, tenéis ciertos privilegios.

—¿Tales cómo...?

—El regente no quisiera incurrir en caer enemistado con el embajador de las Españas. Por tanto, vos, excelencia, podéis —y el mesonero sonrió ladinamente —hablar cuanto mal deseéis del corso, sin que os encuentren flotando por los canales asesinado y enmudecido para siempre por los puñales de los esbirros de Paolo.

—Estudia bien mi rostro, mesonero. Dice no sé qué sabio latino: "Habla y sabré quién eres". Por lo que has hablado, adivino que, pese a tus reticencias, no cuenta con tu simpatía el corso. Mira si mi

rostro es el de hombre falso que intenta sonsacarte para luego venderte a los esbirros de Paolo. Peinas canas y por tu mesón muchos viajeros han desfilado. Conocerás ya el alma humana y adivinarás que soy veraz al decirte que si te pregunto no es contra ti que emplearé los informes que obtenga.

Y del español tengo la generosidad.

El mesonero frotó sus manos contra su mandil, indeciso. Contemplando fijamente a Lezama, pareció vencer su vacilación temerosa.

—Muchos espías tiene Paolo, que es el brazo ejecutor del corso. Pero vos, excelencia, me inspiráis absoluta confianza. Y cuanto os diga no es más que la voz de Nápoles. El corso es odiado porque se ha impuesto a base del terror, diseminando el miedo por doquier, y cuantos conatos de conspiración han existido los ha ahogado en mares de sangre, empleando un recurso que sólo un espíritu satanesco puede ingeniar. Cuando la primera conspiración fué descubierta, aún le habríamos hallado atenuantes si sólo hubiera enviado al patíbulo, por orden del regente, a los conspiradores. Pero para que veáis, excelencia, que a los napolitanos no nos mueve odiarle razones sin madurez de juicio, os diré lo que hizo el corso. Envió a Paolo y a sus espadachines a las casas de los conspiradores, y las madres, esposas e hijas de los que ya habían sido ejecutados fueron pasadas a cuchillo. Ha ordenado el mismo castigo inhumano en las otras dos conspiraciones que siguieron. ¿Comprendéis que tenemos, pues, justa razón de odiarle, excelencia? ¿Comprendéis que le maldigamos por ser capaz de ingeniar castigo tan inhumano contra inocentes criaturas que nada tenían que ver con la conspiración, aparte de ser familiares de los ejecutados?

—Cortos os quedáis al llamarle "maldito”. Venenosa serpiente es, y poco sensible será la damita de la divisa burlona cuando comparte o desea ser amada por Pietro Fonti.

—Os equivocáis, excelencia. Marisa d'Ambri se mofa de él, aunque con prudencia, y, por extraña debilidad, que es su única flaqueza, el corso la asedia con enamoramiento profundo. Mucho rogamos al cielo que Marisa d'Ambri acepte ser la esposa del corso y se realice el milagro de que ella consiga ablandarlo a favor de nosotros.

—Instructivos han sido tus comentarios, mesonero. Mereces esos

diez doblones que te doy, porque has baldado con sana cordura. ¿Cuál es mi camino para llegar a los canales donde las góndolas pasean?

—Tomad la Vía del Mercatto, y a su final hallaréis la laguna que el mar forma, y de la que parten los canales que cruzan el barrio del puerto viejo. No andéis por los malecones del puerto, porque allí sólo pasan las barcazas trabajadoras; id al malecón ancho de la Trattoria de Venus, que es donde las góndolas ociosas desfilan, exhibiéndose en ellas las damas. Y que el diosecillo alado elija la mejor de sus flechas en su carcaj de dulzuras, excelencia, para herir el corazón de hidalgo tan apuesto y generoso como lo es vuesa merced.



La Trattoria de Venus era un ancho paseo que en una corta extensión bordeaba un canal abierto entre dos hileras de edificios, y por el que las góndolas se deslizaban hasta perderse de vista una vez habían pasado bajo el arco del puente que cerraba e impedía el paso de la Trattoria.

Varios transeúntes marchaban arriba y abajo del malecón, y algunos de ellos, según costumbre tolerada por entonces, cubrían la parte superior de su rostro con negros antifaces. El galante y frívolo espíritu napolitano admitía gustoso el empleo del antifaz, bajo el que podían ocultarse rostros de maridos infieles rondando beldades fáciles, o el de celosos amantes acechando desde lejos, y al amparo de la máscara, si sus sospechas eran ciertas.

Y aquel ambiente de intriga amorosa se respiraba palpablemente con sólo, contemplar las camaretas de las góndolas, algunas de las que, al entreabrirse las cortinillas empujadas indiscretamente por la invisible mano de la brisa, revelaban parejas enlazadas, destacándose en abrazo amoroso muellemente protegido por los vistosos almohadones y las recamadas pieles que tapizaban el ancho sofá del interior de la camareta.

En otras góndolas, amantes menos afortunados, o menos impacientes, arrodillábanse junto al sofá donde una bella, a veces cubierto el rostro por negro velo de encajes, reclinábase con indolencia escuchando las súplicas o los acerbos reproches del galán que no lograba obtener la merced de que las cortinillas se cerrasen para secretear besos y caricias.

Nápoles podía gemir dolorida bajo el terror que imponía el corso maldito, pero ningún poder humano podría lograr que las góndolas siguieran deslizándose conduciendo parejas de enamorados... Y los canales donde a veces oíase la canción de un enamorado galán o la tarantela de un gondolero, seguían susurrando, con el blando correr del agua, la balada eterna.

De todas las góndolas una destacábase de las demás, porque, en vez de conducir a dos seres de distinto sexo, conducía a una mujer sola.

Y para un extranjero hubiera resultado tanto más incomprensible aquella excepción, cuanto que la dama solitaria era de una belleza esplendorosa. Una belleza delicada, de rientes ojos picaros y esbelto cuerpo estatuario de muñeca frágil.

En la proa de la góndola donde se reclinaba solitaria la damita encantadora, las antorchas iluminaban unas letras plateadas que decían: "Non mi duole"...

Pasaba la góndola bajo el gran arco del puente, cuando repentinamente el gondolero gritó asustado al caer en el centro de la larga embarcación estrecha un embozado en negra capa, que, vacilando, exhaló un quejido de dolor.

Marisa d'Ambri poseía la aptitud con que todos los napolitanos parecen nacer, dispuestos a adivinar o recelar toda intriga. Y aunque con gesto apaciguante ordenó al gondolero que regresase a su sitio y envainase el largo puñal, no por eso creyó en las primeras palabras que en francés habló el "llovido del cielo".

—Dignaos excusarme, señora, de la torpeza con que he abordado vuestra góndola. Incliníme excesivamente al mirar acodado en la balaustrada del puente, y perdí el equilibrio.

—Felizmente caísteis de pies, y hasta diría que con suma agilidad, para caballero que pierde con tanta facilidad el equilibrio —sonrió Marisa—. ¿Os quebrasteis algún hueso del tobillo, que os acercáis cojeante?

—Aunque el accidente hubiera quebrado mis dos piernas, arrastrando vendría a solicitar vuestro perdón y suplicar me permitierais declinar ante vos mi personalidad.

—Antifaz lleváis, de lo que deduzco que no queréis ser conocido. Podéis por mí seguir conservando vuestra identidad en secreto. ¿Dónde ordeno a mi gondolero que os deje? ¿En la escalera de la

Trattoria, o en el desembarcadero de la Plaza?

—Vuestro delicado semblante sugiere un alma caritativa. Si me dejáis tan pronto en tierra, creeré que no os importa que mi tobillo esguinzado se cure. Y sanaría si consintierais en que arrodillado en los blandos cojines por unos instantes os contemplara.

Marisa d'Ambri sonrió alegremente, señalando los cercanos almohadones que junto a su falda cubrían e suelo de la camareta.

—No quiero que un forastero pueda formarse idea de que las napolitanas carecen de sentimientos caritativos —y mientras el desconocido ocupaba el lugar señalado, Marisa añadió—: Y no os pediré que os quitéis el antifaz, porque entonces vuestra "caída" podría resultaros mortal. Pero tampoco quiero que os imaginéis que es costumbre en las damas de Nápoles entablar tan prontamente conversación con caballeros que des colgándose de los puentes invaden el arriesgado salto la cubierta de sus góndolas. Os concedo el permiso de acompañarme en mi paseo, porque son muchas ya las noches en que paseo sola, y empezaba eso a aburrirme.



—Dignaos excusarme, señora...

—No puedo creer que dama tan cautivadora no tenga multitud de suspirantes que espada en mano se exterminarían para conseguir el privilegio de acompañaros, señora.

—Habláis un francés perfecto, pero vuestra tez y el acento me hacen suponer que sois español. También vuestra audaz y original

manera de presentaros habla de española sangre. ¿Es desacertada mi suposición?

—Atinasteis, señora. Pero dijisteis antes que no queríais conocer mi identidad.

—No lo quiero porque así podré, declarar con la conciencia tranquila y la frente bien alta que ignoro la personalidad del que tuvo la cortesía de brindarme variación a mi habitual soledad.

—¿Marido preguntón, padre tiránico, hermano tutor o enamorado con derecho a interrogaros?

—Ninguno de los cuatro, porque soltera y huérfana soy, y si enamorados tengo no lo sé, porque ninguno me ha confesado tal estado de ánimo. Pero un rondador se digna favorecerme con su elevado sentimiento, y si a ningún enamorado derecho le reconocería a interrogarme, tal derecho no puedo denegarle a quien tiene en Nápoles todos los derechos. Hablo de Pietro Fonti. Mi identidad quizá os sane repentinamente el tobillo y deseéis que mi gondolero os deje ya en tierra. Soy Marisa d'Ambri.

—Lindo nombre que corre parejas con vuestra donosura.

—¿Y nada más os dicen mis nombres? Bien se ve que sois forastero o recién venido a Nápoles. ¿Veis las góndolas que por nuestro lado pasan de vez en cuando? ¿Veis allá en los puentes o en los malecones los hombres que se entretienen charlando y formando grupos? Muchos de ellos comentarán con extrañeza que alguien se atreva a estar tan cerca mío. Y entre todos los que comentan, alguno, y quizá más de uno, irá prontamente a comunicar a Paolo Ohiurno que la dama favorecida pon el elevadísimo antojo del verdadero amo dé Nápoles ha paseado en góndola acompañada por un misterioso enmascarado, y Paolo Ohiurno hará cuanto pueda por saber quién sois y poderlo hacer saber a Pietro Fonti.

—Estimo muy justa la vigilancia que a vuestro alrededor existe, porque si Pietro Fonti desea daros hogar que estuche será para tan valiosa perla, también querrá que ningún hálito varonil, aparte el suyo, pueda empañarla. Pero si yo fuera Pietro Fonti no os haría vigilar, señora.

—¿Por qué? ¿Estimáis que nadie puede guardar a mujer que guardarse no quiera?

—No os haría vigilar—, porque continuamente estaría a vuestro lado.

—Los orificios de vuestro antifaz me revelan ojos burlones —dijo Marisa, y también sus ojos destellaban con picara malicia—. ¿Estaríais a mi lado para cercioraros de que os era fiel?

—Para cerciorarme de que sólo vuestro lado se encontraba en anticipado disfrute del paraíso. Pero, desdichadamente, no soy Pietro Fonti.

—Decid más bien que sois feliz por no ser Pietro Fonti. Y de otra cosa hablemos que de mí y de Pietro. ¿Os gusta Nápoles? ¿Pensáis estar en la ciudad algún tiempo?

—Ver Nápoles y después morir es frase que algún día se le ocurrirá decir a un poeta. Y con ello querrá expresar la acendrada convicción de que ya puede el hombre morir cuando ha disfrutado de la visión de tanta belleza. Pero yo, sin ser poeta, pienso que hay frase mejor, y diría: vivid las noches napolitanas, contemplando la sonrisa de Marisa d'Ambri, y, después, si de Nápoles partís y no habéis más de ver a Marisa, cegad los ojos que ya nunca más contemplarán tanta belleza junta.

—El galante discreteo es para el español lo mismo que cantar para un napolitano: fácil lenguaje que el viento se lleva. No obstante, las gracias os doy, y, para demostraros que son sinceras, os ruego que de ahora en adelante, cuando os inclinéis por los puentes al paso de las góndolas, procuréis no volver a caer en la mía.

—Si os he ofendido, sed benévola y no me guardéis agravio.

—No es esa la razón por la que os he dado tal consejo. Vos desearéis volver a España, que dicen es tierra hermosísima. Si queréis volverla a ver, caed en otra góndola, porque si por segunda vez en la mía cayerais, sería quizá a costa de vuestra vida. Mis solitarios paseos se deben a que el poderoso Pietro Fonti ha prometido matar a quien osara requebrarme, y si no lo hacéis, pueden creerlo, sin embargo, dada vuestra presencia.

—Lo que anhelo saber es si una segunda caída sería motivo de vuestro enfado.

Nunca caballeros bien hablados pueden enojarme. Pero enojaréis a Pietro Fonti.

Tal peligro no puede privarme del placer de mañana por la noche volver a contemplar el encanto seductor de vuestra sonrisa.

Si, a pesar de mis advertencias, tal riesgo queréis correr, y en

tanto me valoráis, os quiero dar un último consejo —y riendo alegremente Marisa añadió—: No saltéis desde tales alturas, porque si tanto buscáis el romperos el cuello, bastará con que mañana por la noche aguardéis el paso de mi góndola en el desembarcadero de la Plaza. Y gustosa daré orden a mi gondolero de que arrime su proa donde vos estéis.

Cuando, poco después, el desconocido saltaba felinamente desde la góndola a la Trattoria de Venus, Marisa d'Ambri, viéndole alejarse y perderse entre la multitud, sonrió con placentera complacencia.

Era halagador que un hombre se atreviera públicamente a desafiar a Pietro Fonti tan sólo "para contemplar el encanto seductor de una sonrisa".

CAPITULO VI

"**Bienvenido**"

A las diez de la mañana Paolo Ohiurno escuchó las palabras que uno tras otro fueron diciéndole dos de sus esbirros que constituían parte dé su desperdigada legión de espías.

Y poco después Paolo fué, como todas las mañanas, a reportar los informes a Pietro Fonti.

—Campiani, señor, que es el hombre que tiene a su cargo el servicio de los viajeros y forasteros, me ha anunciado que ayer tarde, en la diligencia romana, llegó al mesón de Turiello un español cuyo nombre es Carlos Lezama, hidalgo, que por las trazas parece ser acomodado. En la requisitoria que por orden vuestra es obligada que escriben los forasteros al alojarse, ha especificado en ser su motivo de viaje el visitaros. He aguardado a colocarle un seguidor a sus pasos a que compruébese si realmente viene a visitaros y con qué motivos. ¿Merece vuestra aprobación mi idea?

—Sí; debemos andarnos con tiento en los asuntos donde medien españoles. Si fuera espía, se le matará con diplomacia, para que el embajador quede convencido de que fué obra de maleantes de los que ninguna ciudad vése libre. ¿Qué me traes?

—Noticia que ha de suscitar vuestro justo resquemor. Desde la Trattoria de Venus, Bastardini vió saltar intencionadamente, simulando caerse del puente, a un desconocido enmascarado, que estuvo paseando durante media hora, sentado a los pies de Marisa d’Ambri y charlando animadamente con ella.

Pietro Fonti estrujó entre sus dedos la pluma de ave con la que había estado trazando cruces en un diseño que representaba el contorno geográfico de la isla de Córcega.

—¿Dónde está ese desconocido enmascarado y cómo se llama?

—preguntó con voz ronca, y en sus hundidos ojos severos brillaba una febril irritación repentina.

—Al desembarcar debióse dar cuenta de que era seguido, porque inopinadamente corrió, perdiéndose en el dédalo de callejuelas del puerto viejo, y Bastardini no pudo volver a tomar contacto con él.

—Bastardini es un inepto y le doy dos días para que averigüe quién es ese enmascarado. Si dentro de dos días no estoy informado, relevarás a Bastardini dándole el acostumbrado trato para los que no saben ganarse el salario que reciben. ¿Has sondeado lo que Claretta sabe?

—La doncella de Marisa d'Ambri, aleccionada por mí ayer noche a última hora, sólo ha podido averiguar esta mañana, durante el tiempo en que le servía el desayuno a su dueña, que ella parece ser sincera al decir que fué un desconocido el que se atrevió a galantearla, pero que no sabe de quién puede tratarse, aunque intentó descubrir algún indicio revelador de su personalidad a través del antifaz. Pero la capa embozada y el chambergo calado no le permitieron identificarle. Eso es cuanto ha dicho a Claretta.

—Que siga Claretta insistiendo. Y que Bastardini comprenda que si no averigua la identidad del enmascarado no volverá nunca más a fracasar en sus tareas.

Fué a las once cuando Paolo Chiurno, en su misión de secretario particular de Pietro Fonti, anunció a éste que el español del mesón de Turiello acababa de llegar solicitando ser recibido por "el excelentísimo condottiere Fonti".

Carlos Lezama describió un amplio saludo con el chambergo al hallarse frente a Pietro Fonti en el despacho. Paolo Chiurno colocóse al lado del visitante cuando éste ocupó el sillón que le señaló Fonti.

—En la requisitoria que ayer escribisteis como viajero, figura como finalidad de vuestro viaje el visitarme, señor Lezama. Pero antes de que me expongáis vuestros motivos debo corregiros un error que atribuyo a vuestra poca familiarización con alguna de las palabras italianas. Habéis dicho a mi secretario en muy buen francés que deseabais ver al condottiere, y esta palabra italiana no debéis emplearla al referiros a mí. Condottiere es, aparte de su actual inexistencia, una palabra que antiguamente servía para designar a los jefes mercenarios que alquilaban su espada al frente

de huestes de maleantes. Y yo soy el consejero del regente.

—Empleé la palabra condottiere en el sentido de conductor de hombres, que es lo que vos, si no me engaño, sois, puesto que por vuestro consejo el regente puede conducir la complicada tarea de gobernar a miles de hombres —explicó Lezama, sonriente. —Pero no os formalicéis ante un equívoco que no estaba en mi intención, sino, como sagazmente habéis pensado, en mi casi total desconocimiento del acertado empleo de las palabras italianas.

—Admito vuestra aclaración. Tened a bien, ahora, exponerme el objeto de vuestra visita.

Carlos Lezama tendió a Pietro Fonti un cuadriculo de crujiente papel que llevaba oculto entre la tela del jubón y la bandolera de cuero que soportaba el tahalí donde colgaba la espada de duelista.

—Vuestra hermana Carina tuvo a bien distinguirme con su entera confianza entregándome esa credencial sellada. Y me recomendó que os visitara tan pronto pudiera, misión que, como veis, me he apresurado a realizar gustosísimo, porque grandes cosas espero de mi visita a Nápoles.

Pietro Fonti rompió los sellos de lacre después de que los hubo inspeccionado cuidadosamente. Y su ceño fruncido fué despejándose a medida que leía:

“Mi bienamado hermano Pietro:

”Si triste fué la noticia que habrás ya recibido de la muerte de nuestro Tino por orden de Jarnac de Lesperruy, te contentará saber que la primera vendetta se ha cumplido, habiendo dado yo la misma muerte al delator, y preparando estoy la muerte de Jarnac de Lesperruy.

”Te describiré al portador de la presente, por si algún espía francés se apoderara de esa carta, pretendiendo hacerse pasar por Carlos Lezama, que es el hombre que voy a describirte.

”Es de tez muy morena como hombre que en el mar hubiese vivido mucho tiempos y sus ojos negros son audaces, así como la dura línea de sus mandíbulas, que se dividen en el mentón partido. Afeitase enteramente, dejándose sólo un fino bigote, y tiene fuerte constitución delgada, pero de músculos como la piedra, que se revelan bajo el ropaje al menor de sus movimientos. Anda con la dormida indolencia del gato montés y es aun más alto que tú.

”Por sus palabras es hombre inteligente y por sus obras tú

mismo juzgarás. Me ha salvado de muerte cierta que darme querían tres pastores. Venía él huyendo de los mosqueteros de Jarnac y me salvó cuando, enterados los pastores de que Jarnac debía morir, decidieron mi muerte.

”Fué con la amenaza de sus pistolas que me evitó el morir, y poco después adiviné por sus palabras que su viaje a nuestra isla se debía a alguna antigua querella, seguramente, que tuvo con Jarnac, al cual venía decidido a matar. Pero he preferido convencerle de tu generosidad, porque hombres como él son los que tú necesitas.

"Tengo por seguro que sabrás darle empleo de acuerdo con sus capacidades, que no dudo son muchas.

”Sigo aguardando con fe el momento en que Córcega sea regentada por nuestra familia y nuestro fiel Paolo.

”Mi afecto,

”Carina Fonti.”

Pietro Fonti, al terminar de leer le tendió la carta a Paolo, y mientras su ejecutor leía, observó durante unos instantes en silencio al portador de las elogiosas líneas de Carina.

—Bienvenido —dijo al fin, con seca entonación—. ¿Deseáis ofrecer vuestra espada al servicio de la familia Fonti?

—¿Creéis poder pagarla en todo su valor?

—La primera empresa para la que quizá os requeriré sabrá demostraros que pago siempre con holgura atendiéndome a los resultados —y mientras hablaba Pietro Fonti trazó una cruz en uno de los extremos del diseño geográfico que encima de la mesa tenía —. ¿Sabríais mandar un grupo de cuarenta corsos decididos a todo?

—Mandar ha sido mi oficio. ¿Qué entendéis por decidido a todo?

—Sabed que conquistar es fácil, pero es ardua tarea conservar lo conquistado y sofocar cuantos intentos de rebelión puedan presentarse.

—Si vos sois generoso en pagar, yo soy generoso en perforar, y algún día, estaréis muy convencido de que estoy habituadísimo a ver correr la sangre. Deseo hondamente demostrároslo.

Estas palabras de Carlos Lezama tuvieron la virtud de hacer sonreír a los dos corsos. También sonrió el Pirata Negro...

—Que Nápoles os resulté agradable, hasta que yo ultime determinados preparativos —y Pietro Fonti indicó levantándose

ligeramente que la audiencia había terminado ya—. Os mandaré llamar.

* * *

—Bienvenido —saludó Marisa d'Ambri cuando por la noche el desconocido enmascarado vino a sentarse junto a ella en la camareta de la góndola—. Miente la sentencia que afirma que la noche es buena consejera. Creyendo en ella, no imaginaba que acudieseis a la cita.

—Tanta modestia es un encanto más que añadir a los que mis ojos ven, señora. No existe poder humano en la tierra que impidiera a un caballero acudir a extasiarse ante vos.

—Pesa mucho en el platillo opuesto de la balanza con que os dignáis favorecerme la pendiente amenaza de Pietro Fonti con toda certeza suspendida sobre vuestra cabeza. Soy tan vanidosa como lo puede ser la más vanidosa de las mujeres —y Marisa rió mirando fijamente al enmascarado.

La góndola, impulsada lentamente por la larga pértiga del remero en pie en el curvo remate de la afilada popa, pasaba junto a otras de las que oíanse risas y susurros.

—Vanidad es presunción de poseer algo inexistente, señora. Vos no podéis ser vanidosa, sino que pecaríais <!e injusta si no fuerais legítimamente orgullosa, y, sin embargo, debéis carecer de tal atribución, cuando pudisteis pensar que cavilando por la noche no acudiría a veros. Cavilé, pero con el natural sinsabor que me tuvo la noche en vela, porque indigno me juzgo de poderos contemplar tan de cerca.

—Habláis como enamorado, pero vuestros ojos os traicionan, enmascarado. Hay en ellos destellos irónicos, cosa que ayer advertí también. Y aun dando por cierto que tanto valor ni atribuyerais cómo para no importaros sucumbir al juramento mortal do Pietro Fonti, no puedo impedirme de pensar que en vuestra presencia a. mi lado hay un obscuro motivo secreto.

—¿Queréis saberlo? Miraos al espejo y él os dirá mis motivos.

—El espejo es el compañero mentiroso de toda mujer porque halaga, como vos hacéis. Esperaba de vos sinceridad.

—Dispuesto estoy a jugar al peligroso juego de la sinceridad sin trabas, si vos dispuesta estáis a abrir la ronda.

—Sea cual sea vuestro envite, jugaré. Mirad que es de noche, y a

la sonrosada luz de las antorchas hay preguntas que mujer no puede contestar.

—Líbreme mi amiga la luna de naufragar en la tentación de pediros amor, porque vuestro rechazo destrozaría en mi alma toda esperanza, esperanza qué puedo dejar alentar, si no os pido que me sentenciéis a no poder siquiera esperar. Seré más piadoso conmigo mismo, y sólo os hablaré de vuestro galán que pretende con justa avidez de buscador de tesoros conservar sólo para él el infinito tesoro de vuestro amor.

—Mi amor sería escasa prebenda para Pietro, porque si aislarme consiguió, no tan fácil le será lograr que yo experimente por él dulces sentimientos.

—¿Vuestra divisa o antipatía hacia el corso?

Marisa d'Ambri frunció los labios en malicioso mohín de recelo.

—Imposible me será contestar con sinceridad a vuestra pregunta. Pietro dispone de muchos oídos diseminados por doquier.

—El gondolero dista lo bastante de nosotros para no saber de qué hablamos.

—Pero vos estáis tan cerca de mi voz, que mi aliento os roza.

—Suponéis acaso que yo sea uno de los oídos de Pietro? —y el Pirata Negro estalló en su característica carcajada breve y burlona —. Entonces, señora, deberéis permitir que me retire, porque os hago perder lastimosamente vuestro precioso tiempo. Y no cabe duda que os conceptuáis con desdeñosa valoración, cuando os creéis tan poco lista para no saber discernir a un hombre entero, aunque máscara lleve, de un miserable espía.

—No os vayáis. ¿Para vos todos los espías son seres miserables?

—No si su fin es noble, pero nada hay ni puede haber más innoble que sonsacar el ánimo de una mujer para traicionarla. ¿No sufriréis, mi señora querida, del mal visionario? ¿No veréis en cuanto os rodea presuntos espías?

—Tengo el defecto, entre mis muchos defectos, de dejarme conducir por instintivas corazonadas, y os creo hombre entero incapaz de prestarse a ser espía de nadie. Si investigáis será por vuestra cuenta. Pero era natural mi primera sospecha, que al expresárosla no ha sido más que deciros en voz alta mis deducciones de la pasada noche. Un hombre que con tanta indiferencia reta públicamente a Pietro, sólo dos cosas puede ser: o

espía mandado por Pietro, o audaz español que particularmente y con riesgo de su vida intenta conocer algo que yo pueda hacerle saber.

—¿Si os dijera que me gustaría mortificar cruelmente al corso maldito antes… de matarlo?

Marisa d'Ambri reprimió una exclamación de sorpresa. Tras un segundo de asombro, sonrió divertida.

—Ved que las tornas pueden cambiarse y ser yo quien vuestras palabras repita al corso que llamáis maldito, como un napolitano haría. ¿Creéis posible mortificar a un hombre de la insensibilidad de Pietro?

—Encelar es el peor tormento para quien ama.

—Siendo español, ¿por qué Odiáis a Pietro?

—No le odio, pero tampoco odio a las serpientes. Sin embargo, cuando por el campo me cruzo con alguna, la pisoteo. Aborrezco las mordeduras venenosas cuando no se dan con valentía, y, según creo, el corso sobresale en el maligno arte de morder venenosamente.

—La lava del Vesubio sería benévola comparada con el azote sanguinario que Pietro Fonti es para los napolitanos. Nuestra alegría renacería sin trabas el día en que Pietro Fonti muriera.

—Eso es lo que quería oíros decir.

—¿Con qué fin?

—Porque ahora ya no dudo que matar a Fonti será obra justiciera, ya que la propia prima del regente así lo estima.

—Pero es obra imposible, enmascarado. ¿Creéis que nadie lo ha intentado? Pero pensad en algo muy sencillo de comprender: ¿por qué creéis que Pietro no me acompaña sentándose donde vos estáis? Porque nunca sale sin que le rodeen diez de sus esbirros y su inseparable Paolo, su verdugo. Y todos no cabrían en mi góndola, que perdería toda su atracción. Yo misma he pensado a veces ser la Judith de ese Holofernes, pero Pietro Fonti puede amarme, pero no pierde de vista el menor de mis gestos, porque sabe que, siendo napolitana, quizá tendría de pronto el deseo de matarle. Nadie puede coger por sorpresa a ese hombre. Cuantos lo han intentado han perecido en la demanda. No sólo ellos, sino que su familia, sin perdonar ni a los más tiernos infantes, han sido degollados por Paolo.

—Huérfano soy, y a veces gusto de pillar por sorpresa a quienes tienen despierta continuamente la desconfianza.

—Misterioso sois, pero el matiz de vuestra voz me influye una gran esperanza —y los siempre alegres ojos de Marisa d'Ambri se tornaron melancólicos—. No volváis a honrarme con vuestra compañía, caballero.

—¿Me priváis de tan preciado favor?

—Si queréis intentar empresa que merecería la bendición de Nápoles entero, no arriesguéis inútilmente vuestra vida en mi camareta. Y creedme —y ahora volvió do nuevo a chispear en sus ojos la brillante malicia amable—, si como patriota he de sacrificarme a no gozar de vuestra compañía, sufriré a gusto esa molestia en aras de que vos libréis a Nápoles de la insufrible molestia que es la pesadilla del corso maldito.

Y, al terminar de hablar, Marisa d'Ambri tendió su mano al Pirata Negro, que colocó en ella los labios, para saltar rápidamente en pie ante la sombra que se abalanzaba en la camareta…

CAPÍTULO VII

Paolo Chiurno se encoleriza

El gondolero al servicio de Marisa d'Ambri lo estaba también al de Paolo Chiurno. Y aquella noche, tan pronto el enmascarado pisó el madero de entrada a la barca, el gondolero remaba prestando más atención que nunca a las embarcaciones que surcaban mansamente las tranquilas aguas de los canales.

Paolo Chiurno habíale hecho saber que cuando una góndola con dos remeros en cuya camareta viera a cuatro caballeros dedicados, al parecer, a libar copiosamente, pasara cerca de la góndola de Marisa d'Ambri, él soltase la pértiga y se lanzase a inmovilizar al enmascarado si tenía la osadía de presentarse de nuevo, galanteando públicamente a la dama que sólo podía oír amorosas endechas de labios de Pietro Fonti

Que era acción que no requería ánimo esforzado, sino simplemente rapidez en el ataque que, cogiendo por sorpresa al desconocido, daría tiempo a los cuatro esbirros de Ja otra góndola para aprisionar al enmascarado.

Y cuando apercibió la góndola con los cuatro esbirros acercándose a su proa, corrió sobre la punta de sus sandalias hacia la camareta y juzgó que la suerte le era propicia, ya que el enmascarado estaba inclinado en rendido besamano.

Pero su sombra, agigantada por la refracción lunar, avisó al Pirata Negro, que colocándole una pierna entre las suyas, zancadilleó al gondolero propinándole un empujón hacia atrás que derribó al agresor inopinado.

—Insolente eres, remero. ¿Quién te llamó?

—¡Salvaos, caballero! —gritó Marisa, señalando con el brazo extendida una góndola que, abordando por la proa, aferraba la

embarcación con el curvo extremo final de las pértiga».

El Pirata Negro estipuló con celeridad las distintas soluciones que se lo ofrecían, de mantener oculta su personalidad: si al agua se lanzaba podría ser alcanzado por alguna pértiga, y si daba frente a los cuatro esbirros que ahora saltaban a bordo, en la lucha podría ser herida Marisa d'Ambri.

Retrocedió hacia la popa, espada en mano... Las dos góndolas, unidas por el flanco, eran impulsadas hacia el malecón de la Trattoria de Venus.

Los cuatro esbirros a la vez se abalanzaron con los aceros desnudos hacia la popa. En silencio, detuvo el Pirata Negro el aluvión de estocadas, hasta que estimó llegado el momento oportuno de emprender una retirada.

Rozaba ya la góndola el malecón, cuando con ágil salto hacia atrás, cayó de pies sobre el empedrado...

Pietro Fonti, personalmente, había querido presenciar la captura del impertinente enmascarado. A caballo y acompañado de Paolo Chiurno a su lado, y de cinco jinetes "mesniaderi" que abrían paso, y otros cinco que le guardaban las espaldas, lanzó una imprecación al ver saltar al enmascarado a tierra y desaparecer corriendo por entre los paseantes.

—¡Sus y a él! —rugió poniéndose en pie sobre los estribos y señalando la dirección emprendida por el enmascarado.

Con fragoroso retumbar de cascos sobre el empedrado y derribando a algunos tardos transeúntes que no lograron retirarse a tiempo, los caballos abalanzáronse a la persecución del huido, que corría ahora con elástica zancada, dando vuelta a una esquina.

Un "mesniaderi" que regresaba al paso tardo de su caballo, prorrumpió en blasfemias entrecortadas, cuando a su grupa saltó un embozado, que, tras un breve y feroz forcejeo, le asestó recia puñada en el cuello, haciéndole caer al suelo de un vigoroso empujón.

E inclinado sobre las crines, el Pirata Negro espoleó con los tacones al bruto, que partió como una exhalación al sentirse mordido en el belfo inferior por los dientes de su nuevo centauro. Y aquel acicate al que no estaba acostumbrado hizo que el caballo escapara a largo tranco veloz, aumentando cada vez más la distancia que les separaba de la tropa perseguidora.

Las revueltas del camino ancho que ascendía hacia la carretera de Roma, fueron indicando el paso desenfrenado del jinete enmascarado, tras el que, a toda brida, corrían Pietro Fonti, Paolo Chiurno y los diez “mesniaderi”.

La maestría con la que el Pirata Negro, formando un solo cuerpo con su montura y tendido el busto pegado al largo cuello, obtenía creciente ventaja, hizo que en la noche aparecieran repentinos relámpagos, al disparar simultáneamente sus pistolas Pietro Fonti y Paolo Chiurno.

Pero el caballo que el enmascarado había arrebatado al “mesniaderi” galopaba cada vez con mayor celeridad, perdiéndose en el altozano para tomar el viraje que entraba en la carretera de Roma...



...Al ver saltar al enmascarado a tierra y desaparecer...

A lo lejos fué oyéndose el galopar que huía, y cuando ante el mesón de Turiello llegaban Pietro Fonti y sus esbirros, no se oía ya el menor ruido de cascos rebotando sobre la carretera que pudiera orientar a los perseguidores.

En la terraza de entrada, Turiello, el mesonero, servía vino a Carlos Lezama, que si bebió con lentitud era porque había quedado calmada la sed de su escapada, con tres sucesivas copas que habíale ya servido Turiello.

—Responded aprisa, Lezama —exigió Fonti, elevándose sobre los estribos y acercando su sudoroso caballo a la terraza—. ¿Habéis visto pasar un jinete enmascarado que corría como una exhalación?

—¿Lo vimos, Turiello? —inquirió el Pirata Negro, tomando por

testigo al mesonero.

Turiello asintió, dando una cabezada y mirando a la vez con temerosa expresión a Pietro Fonti. Habló Lezama:

—Decid a uno de vuestros acompañantes que rué preste su caballo, que aunque no sé montar muy bien caballos prestados, podré conduciros hacia donde marchaba el enmascarado que ha poco pasó a todo galope por delante de nosotros.

—Desmonta, Scarpio. Dale tu caballo al extranjero —ordenó Fonti.

Y reanudóse el galope, encabezado, por Carlos Lezama, que entró por el sendero ce carros donde, dando la vuelta al mesón, abrevaban los tiros de las diligencias.

Tras dos minutos de galope, oyéronse de nuevo a lo lejos y al frente del estrecho sendero el ruido de cascos enloquecidos.

Por fin, Carlos Lezama detuvo su nuevo caballo al terminar el sendero en alto muró que flanqueaba una extensa pradera. Junto al muro, el caballo, objeto de la frustrada persecución, relinchaba con estertores, jadeantes los flancos y espumeantes los belfos...

Pero ningún jinete le montaba...

—Habrá saltado el muro —gritó colérico Paolo Chiurno—. Vosotros, todos a recorrer la pradera, y no volváis sin el enmascarado, que no debe andar lejos.

—Tengo la certeza de que anda muy cerca —dijo sonriente el Pirata Negro, mientras se marchaban los nueve “mesniaderi” a cumplir la orden recibida—. Porque, ved los flancos del penco; demuestran que ha poco ha sido descabalgado. Un caballo no corre solo... a menos que, ¡mirad!

Y señaló un erizado pelotón diminuto incrustado en la ingle equina. Acercó su montura al acorralado caballo y de un tirón arrancó la erizada masa que ensangrentaba la ingle del animal. Mostró en la palma de su mano lo que acababa de arrancar, y Pietro Fonti inclinóse junto con Paolo Chiurno desde lo alto de sus sillas para ver el objeto enrojecido que les mostraba el Pirata Negro.

—¡Una ortiga campera! — dijo Paolo.

Sí; de las que nacen todo a lo largo de la carretera. Es ardid usado para hacer cabalgar sin jinete a monturas perseguidas. Pero es ardid de bandidos avezados a luchas —dijo sobriamente Pietro Fonti.

Ardid propio de piratas —dijo el Pirata Negro sonriendo—. Pero tiempo ha que los argelinos piratas desaparecieron y no asolan ya Nápoles y sus costas cercanas.

Cuando media hora después, los nueve “mesniaderi” vinieron a reunirse en la carretera con Pietro Fonti y sus dos acompañantes, que hasta entonces habían registrado infructuosamente los despoblados contornos, y declararon también no haber hallado rastro del enmascarado, Carlos Lezama dióse una palmada en la frente.

—¿Habéis pensado que quizás después de dejar la ortiga clavada el enmascarado puede muy bien haber regresado a Nápoles empleando atajos?

Aquella suposición, aunque aceptada por Pietro Fonti, no logró disipar ni su cólera ni la de Paolo, que agitó sus gruesos brazos ante el rostro de Carlos Lezama.

—¿De qué nos sirve esta tardía información? —bramó.

—Para que otra vez se os ocurra antes —replicó Lezama—, Y no manoteéis ante mi bigote, porque a veces muerdo.

Paolo Chiurno iba a replicar en forma airada, pero secamente le contuvo Pietro Fonti.

—El señor español tiene razón, Paolo. Si en vez de azuzar a todos tus hombres por la pradera, lanzas la mitad hacia los atajos de la ciudad, a esa hora tendríamos preso al enmascarado. ¡Partid al galope y dad la voz a los guardianes de los caminos de entrada!

Ante la posada, descabalgó Lezama, tendiendo las bridas a Scarpio, y, poco después, mientras a lo lejos se perdía el eco del galope con que partían Pietro Fonti y Paolo Chiurno, Carlos Lezama bebía la copa que, por quinta vez, desde que quitándose apresuradamente la máscara y la capa, habíale servido Turiello con cómplice satisfacción al oírle susurrar rápidamente:

—Me persigue el corso maldito. Si te pregunta, llevas en mi compañía desde la cena, aunque no creo lo haga, porque soy “bienvenido” para él.

Y ahora Turiello resumió en voz alta sus pensamientos:

—Bienvenido seréis para Nápoles, excelencia, si seguís engañando con tanto donaire a ese maldito corso.

* * *

—¡Taifa de inútiles, torpes y cobardes ¡—apostrofó Paolo.

Las verrugas sobresalían en el rostro del corso y sus cortos pero vigorosos brazos se agitaban a impulsos de la gran cólera que presentía. Las cóleras de Paolo Chiurno sólo podían aplacarse de una manera, y Bastardini y el gondolero recularon hasta el fondo de la estancia que constituía el centro de enlace entre Paolo y sus esbirros.

—¡Tú solo tenías que sujetar por sorpresa al enmascarado! —aulló Paolo congestionado—. ¿Y dónde está? Corriendo de nuevo por Nápoles.

—Brincó como un diablo al yo saltarle encima —se excusó el gondolero.

—Ya no sirves porque Marisa desconfiará de ti de ahora en adelante. Has cesado de pertenecer a mis asalariados. Vuelve a tus faenas de pescador en el puerto.

Contento de verse librado a tan poco coste, el gondolero dirigióse a la puerta. Aplicaba la mano en el pomo, pero no llegó a abrirla. La espada de Paolo hundióse entre sus hombros y quedó tambaleándose, herido de muerte, contra la puerta, que ahora abrió Paolo, quien de un puntapié echó fuera de la estancia al agonizante gondolero.

Bastardini comprendió que la ira de Paolo no se había aún aplacado, y al ver avanzar Lacia él al corso con la espada desnuda y sangrienta, desenvainó la suya.

Pero el combate fué breve; el largo acero de Paolo, esgrimido hábilmente por su dueño, atravesó la garganta de Bastardini, que cayó hacia atrás, brazos en cruz.

Entró Pietro Fonti, mientras su secretario envainaba la espada.

—He castigado como se merecían a esos imbéciles, señor —explicó Paolo, cuyo rostro había ya perdido su rubicundez, aquietado por los recientes desahogos de su ira.

—No basta. Tus demás hombres deben esmerarse en lo futuro de no fracasar en sus cometidos. Por lo tanto, ya sabes lo que te queda por hacer.

—El gondolero no tiene familia. Pero Bastardini tiene esposa y un hijo de cinco años.

—Que acompañen a su familiar. Y ofrece cien liras al que logre darte una pista del enmascarado. No es sólo cuestión de amor propio, Paolo. Hay en mí el presentimiento de que este

enmascarado persigue fines mucho más hondos que buscar amores. Sería interesante lograr saber qué conversaciones hubo entre Marisa y el desconocido.

—Claretta intenta averiguarlo, señor.

—En los juegos de intriga, Paolo, más sabe una mujer que todos nosotros. Por eso poco espero de lo que pueda decirnos Claretta. Casi cierto estoy de que Marisa desconfía de ella. Vete a cumplir mi orden antes que la mujer de Bastardini huya con su hijo.

* * *

Marisa d'Ambri recogió sus cabellos en una negra redecilla, mientras arrodillada a sus pies, Claretta, su doncella, procedía a quitarle las medias y substituirle los escarpines de calle por chilenas.

Estaba cercana la medianoche y disponíase la prima del Regente a acostarse.

—...y es el comentario de toda la ciudad, señora. Se hacen multitud de dábalas sobre quién pueda ser el audaz galanteador que ha logrado escapar al ataque de los malvados espías de Paolo — iba diciendo Claretta, mientras ayudaba a su señora a desnudarse.

—El que más cábalas debe hacer es mi amigo Pietro —dijo Marisa.

—Hace bien la señora en mantener secreta la personalidad del enmascarado, porque no dudo que contará con sus simpatías, y sería por tanto exponerle a una muerte segura revelar quién es él.

—Tú, como yo, eres napolitana, Claretta. Y sabes que no poseo secretos para ti; te diría quién es el enmascarado si lo supiera yo misma, que no lo sé.

—Un antifaz poco encubre cuando quien lo porta habla largo tiempo y cerca de nuestros ojos. La señora tuvo forzosamente que descubrir algún rasgo que le permitiera reconocer al valiente galán.

—No te miento ni de ti desconfío al afirmarte que no sé quién es. Pero ardo en tantos deseos como tú de saberlo.

—¡Oh, yo, señora, es sólo por interés por las cosas de vos! Ningún otro móvil me mueve.

—Sí; tiene otro móvil secreto Claretta —y Marisa miró sonriente a la doncella, que recelosa arqueó las cejas en ademán de muda interrogación sorprendida. Y añadió—: Tu móvil secreto es el lógico en toda mujer: la curiosidad. Cualquier mujer de Nápoles desearía

saber quién es el caballero que tan despreocupadamente se atreve a desafiar el enojo de m amigo Pietro. Los hombres valiente escasean desde que el corso manda en los destinos de la ciudad.

Tranquilizada, Claretta abrió el embozo de la cama, y, deseando las buenas noches, salió de la alcoba.

Marisa d'Ambri quedóse sonriendo con picardía. Como si lo estuviera viendo, se imaginó el cuadro de la cólera de Paolo, recriminando a la doncella que no lograba sonsacar a su señora.

—Y la pobre no tiene esta vez la culpa — musitó Marisa burlona —. Porque yo misma, si bien sin máscara reconocería al desconocido, no sé qué nombre tiene ni quién es.

CAPITULO VIII

Medianoche en palacio

La mansión palaciega del Regente dormía en silencio, sólo turbada la quietud por el grito del centinela, que de vez en cuando lanzaba al aire su alerta.

Los jardines del parque, instalado en la base del ala izquierda del edificio, reflejaban mansamente destellos lunares... Un arbusto pareció adquirir movimiento, yendo a deslizarse junto a otro. Pero cerca del muro sombreado, fué una sombra humana la que simiescamente trepó por la pared, ayudándose diestramente en los intersticios de la roca labrada.

La sombra embozada en negra capa fué fingiendo el reptar de un gigantesco murciélago sin alas, mientras lenta, pero ágilmente, iba ascendiendo... Con una contracción hercúlea, las manos del embozado aferraron el reborde de una ventana, y el largo cuerpo atlético y felino desapareció en el interior...

Por el obscuro corredor que conducía a las habitaciones de Pietro Fonti fué avanzando la sombra, pero pasó de largo ante la puerta de la alcoba, deteniéndose ante el marco del umbral del despacho.

El silencio era completo y la mano enguantada de negro del embozado posóse cautelosamente en el tirador de la puerta. Tanteó, y despacio, para evitar el menor ruido, fué abriendo, entrando y adosándose de espaldas a la puerta que acababa de cerrar tras él.

Carlos Lezama aguardó a que sus ojos se acostumbrasen a la obscuridad, y conocedor ya de la topografía de la habitación, acercóse a la mesa.

Sus musculosos dedos fueron palpando el interior de los dos cajones, hasta que en la penumbra extrajeron el pliego de cinco

grandes hojas, la primera de las cuales era un diseño a pluma del contorno geográfico de una isla.

El diseño en el que Pietro Fonti había trazado aquella mañana una nueva cruz con tinta roja...

Carlos Lezama introdujo el legajo entre su jubón y la cinta bandolera de su espada, y apretando de nuevo los pliegues de su capa alrededor de su cuerpo.

Para el buen éxito de su plan, necesitaba ahora un lugar seguro y cercano, y, desde el jardín, oculto entre el boscaje, había visto en mi balcón, aureolada por la luz que brotaba de su alcoba, la figura deliciosa de Marisa d'Ambri, levemente arropada en vaporoso salto de cama...



Los pasos eran ligeros, pero despertaron a Marisa d'Ambri, que se incorporó a medias en la cama...

—Merced os pido, singularísima señora —dijo junto a ella una voz que reconoció instantáneamente como perteneciente al enmascarado—. No os exclaméis, ya que ningún daño de mí debéis temer.

—Tomar por asalto una góndola es muy distinto, caballero, a entrar de noche en una alcoba a la que no habéis sido invitado. Es ofensa.

—Más ofensa os parecerá lo que he venido a hacer en vuestra alcoba, señora. Necesito la seguridad de esas cuatro paredes y la luz de vuestra vela, para examinar un legajo que. contra su voluntad, he cogido del despacho de vuestro gran amigo Pietro.

Marisa encendió la vela y a su llama oscilante contempló la silueta del enmascarado. Sonrió mientras embozábase más en las sábanas.

—Desconcertante sois, desconocido. Rara petición para hacerla pasada medianoche. Pero dispuesta estoy a concederos mis cuatro paredes y mi iluminación, si vos, conmigo al menos, os dignáis quitaros el antifaz que cubre vuestro rostro. Confianza por confianza, Si sabíais que mi alcoba era sitio seguro para vos, es que en mí tenéis confianza. Demostrádmelo.

—Nada os dirá mi semblante. Pero, a ruegos de damas nunca desoí.

Elevó Lezama el antifaz sujeto a sus orejas, colocándoselo

encima del cabello, y sentándose en un escabel cercano al lecho, permitió que la luz diera de lleno en sus rasgos faciales.

Marisa d'Ambri estuvo mirándole en silencio unos instantes. Era el rostro audaz y enérgico, matizado por irónica sonrisa, que ella había adivinado en la góndola.

—Del ave de presa tenéis el perfil, caballero. Me sentiría paloma si no tuviera la certeza de vuestra caballerosidad. Pero sigo sin conoceros.

—Carlos Lezama es mi nombre, señora, y ya puedo revelároslo, porque cuando ese legajo devuelva será la última vez que encubra mi rostro. Debo ahora ofenderos gravemente efectuando labor de escribano. Cogí pluma, tintero y papel en el despacho, y si me lo permitís, me interesaría tomar copia de la primera hoja de ese legajo.

—Gran importancia debe tener lo que hacéis, cuando os habéis metido en la misma madriguera del lobo.

—Nido de paloma es el tapizado azul de vuestra alcoba.

—Semillero de espadas son los rincones del palacio.

—No yendo a su encuentro, tranquilas quedarán en sus vainas. Esos papeles, señora, que me hacen cometer el sacrilegio de disponerme a copiarlos, estando vos presente, y contienen simplemente el ambicioso plan de Pietro Fonti, que con el dinero napolitano ha ido pagando a los aventureros que a sueldo tienen en suelo corso, diseminados en grupos que, ocultos en los montes, esperan la orden de ataque, que en persona piensa dar vuestro amigo Pietro. Las cruces rojas que en el mapa se ven, son los puntos donde simultáneamente, atacarán los grupos armados, entre los que muy pocos corsos hay.

Mientras rápidamente iba Lezama copiando el mapa, seguía Marisa d'Ambri estudiando el rostro del Pirata Negro, decretando en su fuero interno que no leía en aquellos trazos voluntariosos el sello del disimulo propio del espía. Y, sin embargo, estaba efectuando labor de espía.

Quiso ella salir de dudas, o al menos intentar adivinar la verdad.

—Quizás me repliquéis, señor Lezama, que en la pregunta que os hago la mejor respuesta es el silencio, ya que siendo vuestra labor secreta, el yo preguntar es meterme donde no me llaman.

—Aun suponiendo que secretos tupiera, vencería mi natural

galantería y no podría daros tal respuesta, Marisa. ¿Me llamasteis a vuestra góndola? ¿Me invitasteis a vuestra alcoba? Ved, pues, que practico la impertinente costumbre de meterme donde no me llaman. ¿Qué queréis saber?

—No tenéis traza de ser hombre que trabaje al servicio de nadie. Vuestros ojos me hacen suponer en vos un carácter algo burlón y un mucho independiente. ¿Tenéis, pues, motivo de querella personal contra el corso? Porque no puedo creeros espía asalariado.

—Y os agradezco no lo creáis. No lo soy, Marisa. ¿Veis ese mapa que he ido copiando? Es de una isla bañada por el Mediterráneo, y no muy lejana. Trátase de la isla Roja: Córcega, la bella agreste.

—Leyendo entre las palabras que se pronuncian, he creído sorprender en Pietro un gran deseo de sojuzgar a los pobres corsos con la misma dureza infernal que emplea para con los napolitanos.

—Habéis sorprendido acertadamente, ya que este profundo deseo se trasluce en sus palabras escritas que aquí están. He clasificado la codicia y los impulsos ambiciosos de los hombres en tres categorías. Unos se mueven porque pobres están ganosos de vivir bien y se lanzan a heroicas hazañas; otros, por vanidad, deseosos de fama y renombre; y, por fin, los más despreciables, los que se mueven a estímulos de la codicia y la maldad. Este es Pietro Fonti, que pertenece al último grupo. A los del primero, si en mi camino se tercian, les ayudo; de los segundos, me río y en el camino de los terceros es mi gran placer el interponerme.

—¿Y habéis venido, pues, a Nápoles a pasar unos instantes placenteros?

—Indudable es, puesto que tengo, el honor de admiraros.

—Vuestra amable galantería tiene una cortés indiferencia — dijo ella riendo—. Pero no me formalizaré de ello, porque estimo también que, como mujer, os debo escuchar como aprendiza que oye de vuestros labios enseñanzas que solo una vida ajetreada de profunda experiencia os puede haber concedido. ¿Qué más habéis deducido de lo que habéis oído sobre Pietro y por cuanto en este legajo habéis sorprendido?

—Pietro es el tipo del criminal soberbio y rencoroso. Por su soberbia estima que reinar en Nápoles bajo capa, puesto que no es napolitano y no sería reconocido por los Estados extranjeros, no es reinar. Y por su rencor quiere imponerse como dueño absoluto a los

que un día le escarnecieron, obligándole a huir de Córcega. Triunfaría en su soberbia, si la mía no le fuera superior, aventajándole en que no poseyendo rencor contra nada ni nadie, mi visión de las cosas es más clara y no se enturbia.

—¿Pensáis substituirle en Córcega o en Nápoles? Es empresa que tentaría poderosamente a cualquier arriesgado adalid de altos vuelos.

—Mando en imperio mejor, porque es el mar mi imperio. Si me interpongo entre Pietro Fonti y sus proyectos no es más que por mi sempiterna inclinación a meterme donde no me llaman.

—Presiento que con palabras despreocupadas encubrís un alma generosa que irónicamente a sí mismo se niega tal cualidad.

—Creo más bien que una vida en la que yo no pudiera darles sobresaltos a los demás, me resultaría desprovista de alicientes. Pero, además, en la presente ocasión, me guían tres impulsos: la amistad de un hombre entero llamado Jarnac de Lesperruy, la nostalgia de una esposa que aguarda anhelante el retorno de su marido, y la pícara sonrisa amable de los ojos más bellos de Nápoles.

—Me reprochasteis antes un exceso de modestia y no quiero recaer en la misma culpa. ¿Son acaso los míos esos ojos napolitanos?

—Como el artista que puramente se extasía ante un amanecer, así yo, mísero y vulgar mortal sin cultura, me extasío ante vos.

—¡Lástima que sea tan puramente y a lo artista! —dijo Marisa suspirando cómicamente con el embozo cubriendo su barbilla—. Nápoles rebosa ya de artistas y prefiero a los hombres como vos. Pero no quiero extraviarme en ser yo quien os galantee. Y más siendo vos casado.

—Siempre me han reprochado ser charlatán, y lo soy. Pero nunca tanto como pava decir cosas que no son. ¿Cuándo dije, pues, que me unían sagrados lazos con heroica mujer que se atreviera a soportarme por marido?..

—Dijisteis que os impulsaba a actuar la espera anhelante de una esposa.

—Exacto. Pero me refería a la condesa de Kerdael que si en Francia es la mujer más bella, es a la vez la esposa de mi amigo Jarnac de Lesperruy. Y por Jarnac debo terminar pronto con la

amenaza pendiente sobre Córcega, porque así regresará junto a la condesa.

—¿Y cuál es la fuerza del sentimiento artístico que os inspiro?

Rieron ambos sin ruido; los dos, almas gemelas, alegres y que, despreocupadas, sabían hacer frente a las situaciones más dispares.

—Nápoles, siendo ciudad y reino de artistas, nada les encantaría más que ser gobernados por sabia dama que conoce la virtud de la sonrisa. He deducido que vuestro primo, el regente, es un... perdonad la expresión..., un mastuerzo calzonazos que con bonete blanco y tras una brocha asando un pollo estaría más en su lugar, que regentando un pueblo. Corre la voz en Nápoles que durante una semana el Vesubio destilaría sólo carcajadas de alegría si en vez del Regente vos fuerais quien gobernase los destinos de esta riente ciudad. Y quiero que reine sin trabas la perfecta satisfacción.

—¿Me creéis apta para tal desempeño? Mirad que dos cosas se oponen soy frívola, caprichosa y me dolería que si hoy mis compatriotas me quieren mañana me odiasen.

—Sois buena y hábil, dicen y creo. Si no bastáis, sabréis rodearos de quien sensatamente os aconseje. Gente madura y experimentada y que por encima de todo sean amantes de su ciudad. ¿Cuál es el segundo punto que se opone?

—Pietro Fonti y su alma condenada de Paolo Chiurno. Cuanto contra ellos se ha intentado, ha fracasado en ríos de sangre, pagando inocentes seres la sed de justicia de sus familiares.

—Solo soy en el mundo, y conmigo solo habrán de entendérselas.

—Sus "mesniaderi" son la única fuerza armada que hay en Nápoles y suman más del doble millar de hombres aguerridos.

—Pagados están, y son como la cola de la serpiente. Cortando la cabeza fácilmente se esquivan los coletazos débiles. Los "mesniaderis" italianos son como los "reiteh" alemanes y los "lansquenetes" franceses y portugueses. De por sí nada acometen; necesitan alguien que les pague y mientras les dé soldada le obedecen. Pero nunca he oído hablar de un cadáver que pague soldadas.

—Anunciáis con tal frialdad y certeza la muerte de Pietro Fonti a vuestras manos que la doy casi por segura. Y, sin embargo, ¡veo tan difícil la empresa!

—Si fuera fácil, Marisa, no hubiese invadido vuestra góndola. Además de charlatán soy grandemente orgulloso y os garantizo que cuando algo se me coloca entre ceja y ceja, no reposo hasta que de nuevo quede libre mi entrecejo. Y ahora, dadme la gloria de vuestra mano para que de vos me despida.

—¿Os lleváis el legajo de los secretos planes corsos de Pietro?

—A colocarlos ya de nuevo en su despacho es lo que haré. Y os anuncio que posiblemente muy pronto, quizás mañana, os tendré que raptar, Marisa.

—¿Raptarme? — y la napolitana sonrió mientras su desnudo brazo se tendía por encima de la colcha hacia la diestra del Pirata Negro—. ¿Lo consideráis necesario? Si mi alcoba y mi góndola no son de recomendar para nuestras entrevistas, hay otros lugares donde vernos podemos sin recurrir al rapto. Aunque…, aunque me gustaría.

Carlos Lezama besó la delicada mano de transparentes venillas azules y sintió que la palma resbalaba contra la suya hasta que contra sus labios se apoyó la tersa suavidad del antebrazo.

—Gracias, Marisa —y, enderezándose, añadió: —A la vez que voluntariamente me permitáis raptaros os explicaré los motivos. He demorado mi partida, y a despecho debo ceder mi lugar junto a vos al sueño reparador. A vuestros pies, sonrisa de Nápoles.

Embozándose de nuevo y colocándose el antifaz, el Pirata Negro abandonó la alcoba.

CAPITULO IX

Más fuerte que el amor...

Pero Marisa d'Ambri no aceptó la substitución de un misterioso aventurero de enérgica y audaz iniciativa, por la presencia banal de un sueño que estaba a su alcance siempre que quería.

Calzándose las chinelas salió del lecho y andando de puntillas atravesó los distintos corredores viendo siempre en la penumbra y a lo lejos la alta silueta del embozado. Le vió entrar en el despacho de Pietro Fonti; aguardó unos instantes agazapada en el obscuro resquicio de una arcada entre dos columnas.

Quería cerciorar de que ningún peligro acechaba a Carlos Lezama en

la quieta tranquilidad del palacio, que si bien a aquellas tardías horas dormía siempre, no por eso dejaba de contener a Paolo Chiurno, el rondador, que confesaba dormir por etapas, despertándose inesperadamente para efectuar paseos, deseoso de sorprender a algún centinela adormilado para apuñalarlo "como ejemplo".

Pero Marisa respiró tranquilizada cuando vió al embozado salir de nuevo y atravesando a lo ancho el corredor encaramarse a una balconada, de la que se colgó con el cuerpo afuera, sostenido en el reborde por las manos. Un minuto después las manos habían desaparecido...

Marisa d'Ambri, con un suspiro de sincera pesadumbre, porque hubiera deseado que el extraño aventurero prolongase más su estancia en la alcoba, reemprendió la vuelta hacia sus habitaciones.

Reprimió un grito asustado cuando sobre su hombro se posó una mano que pareció brotar de la obscuridad. La mano velluda, ancha y brutal, la mantuvo inmóvil y la voz de Paolo Ohiurno musitó:

—¿Qué hacíais en el despacho de mi señor?

Marisa d'Ambri sintió decrecer su inquietud. Por la pregunta del corso comprendía que Paolo ignoraba la visita de Carlos Lezama, ya de otro modo habrían resonado sus gritos de alarma exigiendo la caza del enmascarado cuya captura tanta importancia para ellos tenía.

—¡Quita tu mano, torpe lacayo! — dijo con imperativa sequedad, irguiéndose—. ¿Qué libertades son esas y de cuándo acá" hombre de tu laya se toma esas confianzas? Pietro sabrá de tu impudicia, que impudicia es espiar mis pasos.

Paolo Ohiurno quitó su mano y destacóse de la obscuridad, pero fué con terca obstinación que repitió:

—¿Qué hacíais en el despacho de mi señor? Me despertó el rumor de unos pasos en el interior del lugar que bien sabéis sólo tiene entrada para mi señor y para mí, que soy su secretario. Nadie más ni el mismo Regente, está autorizado para...

Marisa d'Ambri, encogiéndose despreciativamente de hombros, volvióle la espalda y poco después entraba en su alcoba, cuya puerta cerró ostensiblemente y con ruido a doble vuelta de llave.

Paolo Chiurno demostró que su corpulencia y rechoncha humanidad movíase rápidamente cuando la cólera le invadía y al entrar precipitadamente en la habitación donde Pietro Fonti dormía, le halló sentado en la cama, y si bien recién despierto, no por eso menos sólida era la mano con que Pietro Fonti sostenía rectamente una pistola que abatió al ver quién era su ruidoso visitante.

—¿Eres tú, Paolo? Tienes el rostro descompuesto; ¿qué novedad ocurre?

—¡La d'Ambri ha estado fisgoneando en el despacho, mi señor! La vi salir y dirigirse andando de puntillas hacia su alcoba. Pero me considera inferior a un perro y me ha negado la palabra, insultándome además.

Pietro Fonti, sin comentarios, revistió sobre su camisón unos calzones y unas cortas botas. Ajustóse el jubón de piel y salió seguido por Su secretario.

En el despacho, encendió Paolo las antorchas y a la luz desparramada fué Pietro examinando el contenido de los dos cajones.

—Nada os faltará, mi señor —dijo rencorosamente Paolo—. Es lista como una ardilla la d'Ambri y ella nada llevaba en las manos cuando yo la sorpren…

—¡Calla! —atajó Fonti con gutural exclamación, mientras sus ojos hundidos brillaban airados.

Meditó unos instantes en silencio, y, al final, más que hablar, expresó en alta voz sus pensamientos:

—¿Qué será lo que ella ha venido a hacer mirando el legajo que se refiere a Córcega? Está tal como lo dejo siempre y no presenta apariencias de haber sido tocado. No han ardido recientemente las antorchas y debió llevarse ese legajo a su alcoba, cogiéndolo a obscuras y no notó que de entre las hojas, cayó la pequeña cuadrícula de seda que coloco siempre entre las dos primeras páginas de todos los pliegos. La cuadrícula blanca, que al caer inesperadamente aun que fuera notada me delataría que alguien anduvo entre mis papeles, porque no volvería a ser colocada en el exacto lugar donde yo la pongo. Sólo alguien de Palacio puede arriesgarse a entrar en ese despacho, y siempre

pensé que ese era el mejor medio de coger a los traidores, si "mesniaderes", palatinos o el propio Regente fueran. Pero nunca pensé que Marisa… —y se detuvo intrigado y molesto.

—¡Es alma de mujer conspiradora! ¡Y la vi salir de aquí! Comprendo que os importune la idea de que ella, a quien amáis, sea…

—¡Calla! —ordenó de nuevo Fonti, y en su frente se hincharon los surcos de las venas—. Lo que no consigo comprender es por qué anduvo examinando lo referente a Córcega. Habría comprendido que cuanto se refiriera a Nápoles la interesase, pero todos los documentos de la relación de los principales puntos donde saquearemos antes de partir hacia la isla, están intactos y la cuadrícula de blanca seda está en todos ellos en el mismo lugar, demostrando que sólo la atrajo el legajo del diseño en su primer pliego. Y es diseño claro de Córcega.

Levantóse Pietro Fonti con expresión de torva decisión.

—Así fuera mi propia hermana, nadie la salvaría de decirme los motivos que la han conducido a espiarme en lo que a ella nada le atañe, como son mis propósitos acerca de mi patria. Vamos a visitarla ¡y te juro que a mí me contestará!

Paolo Chiurno esbozó una esperanzada sonrisa. Conocía lo suficiente a su amo para saber que estaba en un estado de ánimo prometedor de que nada podría oponerse a su recelo contra quien había osado sorprender sus secretos planes de saqueo de Nápoles, para, inmediatamente, ponerse en ruta hacia Córcega exterminando a las fuerzas francesas.

Pietro Fonti empujó con rudeza la puerta de Marisa d'Ambri, que no cedió al brusco puñetazo del corso.

—Cerróse con llave —aclaró jubiloso Paolo. Sabía que cuando la exasperación sacudía a Pietro Fonti, el menor obstáculo la aumentaba.

—¡Abrid, señora! —gritó Fonti a través de la puerta, asestando en ella varias puñadas.

Aunque debilitada por la hoja de madera, llegó con suficiente entereza la voz de Marisa d'Ambri:

—Por segunda vez en esta noche, vos y vuestro lacayo olvidáis las consideraciones que me son debidas como mujer y como prima del Regente.

—¡Abrid! —repitió de nuevo Fonti, crispando los puños aplicados contra la puerta.

—No lo haré. Marchaos y mañana os demostraré que os extralimitáis.

Pietro Fonti apoyó un hombro contra la madera y, por tres veces lo aplastó con dureza, rebotando hacia atrás. Al tercer embate la madera crujió, y estallando por un panel, dejó un espacio abierto por el que el corso introdujo la mano, hurgando en el interior. Pero Marisa había retirado la llave, y tuvo que ser el esfuerzo combinado dé los hombros de los dos corsos, el que derribando la puerta, les permitiera el acceso a la alcoba.

En el fondo, Marisa d'Ambri, angustiada, aunque exteriormente sonriente y altiva, velaba su cuerpo, envolviéndolo prietamente con un manto de terciopelo azul. Miró burlona a Pietro Fonti.

—Si venís a hablarme de vuestro amor, sobran dos cosas que me repugnan: esos modales de salteador y la presencia de ese cobardón escribano y espadachín que es vuestro perro faldero.

—Dadme explicación del motivo por el que habéis espiado en mis documentos, introduciéndoos furtivamente en mi despacho —dijo hoscamente Pietro Fonti.

—No sé de qué habláis —rebatió ella decidida—, pero, en cambio, sí sé que no es éste el sitio adecuado para que hablemos. Salid.

—Ved que mi paciencia tiene un límite, Marisa. Si os amo, no os puedo anteponer al proyecto que acaricio desde que abandoné mi patria Contestadme de buen grado y os irá mejor. ¿Qué fuisteis a encontrar en el legajo de Córcega? ¿Pruebas para echarme encima al Rey de Francia? Contestad presto. Os lo advierto en vuestro bien. Contestadme.

—¿Me está prohibido el pasearme por Palacio si tal es mi deseo? Ni he entrado en vuestro despacho, y lo juro, ni he mirado ningún documento vuestro, que me tienen completamente sin cuidado. Ambas cosas las juro, y católica soy.

Una salvaje exclamación de gozo de Paolo Chiurno, distrajo a los dos que hablaban frente a frente, y vieron al secretario-verdugo de Fonti, que inclinándose, recogía algo del suelo junto a la cabecera del lecho.

Y Paolo Chiurno, irguiéndose con satánica expresión de triunfo, colocó cerca de la llama de la antorcha, para que fuera bien visible, un pedazo cuadrado y diminuto de seda blanca.

—¿Seguís negando que trajisteis a vuestra alcoba un legajo del que cayó esa cuadrícula? —preguntó Fonti con fría hostilidad.

—Lo que he jurado, no necesito repetirlo. Y ya basta, señor. No quiero recordaros que sois un tosco campesino encumbrado, y mi paciencia ha sido ya excesiva con vos.

—Eso es lo que os digo yo. ¡Vais a hablar, maldición! —y el corso, lanzándose hacia delante inesperadamente, asió por las dos frágiles muñecas a Marisa d'Ambri, que con un último esfuerzo, intentó ocultar el temor que la invadía.

—¡Juro que nada hice de lo que me acusáis! —exclamó con voz temblorosa, mientras Paolo Chiurno refocilábase de antemano. Al fin iba a terminar el poderío de atracción amorosa que la napolitana había hasta entonces ejercido en el ánimo de su amo.

Pietro Fonti, sin una palabra, zarandeó por las muñecas brutalmente a la prima del Regente. Ella, con lívido semblante dolorido, fué resbalándose hasta caer arrodillada, no por ademán de súplica, sino por incontenible sufrimiento.

—Habla —exigió toscamente el corso, alzándola de nuevo con

rudeza—. Tú sola no estás complicada en ese asunto. ¿Quién te indujo? ¿El enmascarado? ¡Dime quién te forzó a traicionarme!

Los negros cabellos desmelenados de la napolitana desparramándose en cascada sobre sus hombros, se agitaron a impulsos de las negativas que sacudiendo la cabeza, demostraban la terca decisión de Marisa de callar.

—¿Hablarás? — rugió el corso—. Mejor será que lo hagas, antes de que te entregue a Paolo para que en su “sala privada” se las entienda contigo.

La mención de la “sala privada” de Paolo pudo más que el dolor físico. Marisa echó hacia atrás la cabeza, distendidos sus delicados rasgos en mueca de pavor.

—¡No podéis hacerlo! —gimió—. Si es cierto que me amáis, no permitiréis que este verdugo me ponga las manos encima.

—Más fuerte que mi amor, es mi ambición. Habla y, por última vez, te lo exijo. Después... hablarás porque Paolo sabe conseguir vencer las más obstinadas voluntades.

Marisa d'Ambri cerró los ojos. Revelar la identidad del enmascarado era esfumar para siempre una posibilidad de salvación para Nápoles. Abatió los párpados para no ver la fruición sádica con la que el grasiento rostro poblado de verrugas del rechoncho esbirro la contemplaba.

—No podré hablar porque nada sé. Haced conmigo lo que queráis.

Pietro Fonti la asió por los hombros y de un vigoroso empujón la arrojó en los brazos abiertos de Paolo, que, como un ansioso pulpo, la estrechó vorazmente.

—Dale tortura, Paolo —habló en voz baja y pesarosa Pietro Fonti—. No hay más remedio, pero muerta la prefiero a que pueda revelar a nadie lo que ha leído.

—¿Fuego, mi señor, o tenazas de uñas? —pidió Paolo con ávida voz, temblorosa de placer, manteniendo abrazada a la semidesvanecida Marisa.

—¡Calla, perro! — gritó Fonti—. Haz lo que quieras con ella, pero oblígala a que te diga quiénes son sus cómplices.

—Yo.

El monosílabo sonó suave desde el umbral de la alcoba a espaldas de los dos corsos, pero produjo en éstos el mismo efecto

que un pistoletazo.

Reclinado indolentemente contra el marco desvencijado, un enmascarado cruzaba los dos brazos con calmosa flojedad, pero sus dos manos enguantadas de negro empuñaban sendas pistolas que dirigían con rigidez sus cañones hacia adelante.

Paolo Chiurno soltó la presa femenina llevando sus manos hacia su cinto, gesto imitado prontamente por Pietro Fonti.

—Un plomo para cada uno bastará —dijo con tranquila entonación el enmascarado, y los dos índices retrocedieron levemente sobre los gatillos.

Fonti y Pablo interrumpieron su movimiento, quedándose estáticos.

—Sois cerdos complacientes, pero lo vais a ser más. Enlazad las manos a vuestras espaldas. Así, eso es. Es postura que os permitirá conservar vuestros inmundos pellejos, mientras no la variéis.

—¿Quién eres tú? —preguntó Fonti, obedeciendo la indicación del enmascarado, y pálido de ira.

—Pregunta quien puede, sabandija, no quien quiere. Pero ¿tan mal oído tienes? ¿No recuerdas mi voz? Medita unos instantes. Haced la merced, señora, de revestir vuestras mejores galas de calle. No podré abandonar la custodia de esa pareja hasta que no haga una hora entera que hayáis salido de palacio, id a vuestro “boudoir” y dignaos daros prisa.

Cuando Marisa, presurosa, hubo desaparecido en el interior de una pequeña habitación adjunta, Carlos Lezama introdujo el cañón de una de las dos pistolas entre el cordón de seda de su antifaz y la sien. Con seco tirón rompió la sujeción y a sus pies cayó la máscara.

—¡El español! —gritó Paolo, sorprendido.

—Cierra la alcantarilla, verrugas, porque si de nuevo abres la boca, me tentará demasiado el colgajo do carne que tienes en medio de la frente. Tú eres más listo, Pietro Fonti, aunque seas un pastor de cabras corsas. No balas y sólo tus ojos arden. ¿No supiste acertar que yo era espía del rey de Francia? Tengo copia de tus proyectos de conquista de la isla francesa y mi misión ha terminado porque orden no tengo de matarte aunque me sobren los deseos, Tus “mesniaderi” son los responsables de que viniera a interrumpir tu conversación amable con la prima del Regente. Descendía por la pared del palacio, cuando una ronda nocturna acercóse hacia el

lugar donde debía poner pie a tierra. No me quedó más remedio que ascender de nuevo y aguardar ocasión más favorable para marcharme. Los berridos de tu verrugoso satélite me atrajeron y como ésta será posiblemente la última vez que sufra de las náuseas de verme obligado a oler de tan cerca vuestra pestilencia, os explicaré lo que va a ocurrir.

El Pirata Negro no desvió la mirada cuando vestida del todo vino a su lado Marisa d'Ambri.

—Dadme el bálsamo que será vuestra perfumada oreja, Marisa. Pero hacedlo con tiento, de manera que no me interceptéis el deplorable espectáculo de esos dos gusanos. Podrían sentirse deseosos de aprovechar la ocasión y dos pistoletazos, aunque bien administrados me harían infringir la orden que del rey de Francia tengo de no matar.

Marisa colocóse delante del Pirata Negro que mirando por encima de su cabeza aplicó en el oído femenino los labios:

—Esperadme en Chiercanto, junto a la "Boca de Azufre" —susurró. Y en voz alta añadió:: —Gracias, señora. Coged de mi jubón la copia que hice y sin demora bajad a pedir vuestra carroza, que os lleve a la carretera de cruce para Florencia. A medio camino hallaréis el marino que os conducirá a la lancha velera que os llevará al puerto francés de Marsella. No os despidáis de esos señores que ya lo haré yo en vuestro nombre.



Un verdugo de mujeres, no merece...

Marisa d’Ambri tras coger del jubón del Pirata Negro el rollo de papel que en él había, vaciló.

—Os será difícil partir, señor Lezama.

—No os preocupéis por mí. Haced lo que os digo, pero antes emplead media hora en recorrer las casas de los napolitanos cuyos nombres figuran en esa copia. Son los ricachones cuyos cofres quiere saquear vuestro enamorado Pietro. Advertidles que pongan a buen recaudo sus fortunas, y que desaparezcan de Nápoles con toda rapidez. En Marsella nos veremos, señora. Feliz viaje.

El titubeo fué tan visible en la mirada de Marisa, que Carlos Lezama habló ahora con incisiva e imperativa cortesía.

—Si os quedáis y no hacéis cuanto he dicho, ambos perderemos la partida. Yo a solas, saldré de este tranco que en muchos peores me he visto. Idos.

Marisa d'Ambri salió de la alcoba. El Pirata Negro avanzó dos pasos. Con una de las pistolas designó el amplio lecho a espaldas de los dos corsos.

—Comodidad ha sido siempre mi lema. Tendidos os quiero ver, apoyando las posaderas sobre vuestras dos manos enlazadas. Una hora de espera en pie os fatigaría, querubines. ¿Remolones? Pensad que acostados y en vida valéis más y estáis más cómodos, que rotas las frentes por mordedura de ladridos de pólvora.

Paolo Chiurno fué el primero en obedecer y quedó tendido en la cama haciéndolo poco después a su lado Pietro Fonti. El Pirata Negro sentóse en el escabel donde media hora antes había estado copiando el legajo sustraído del despacho. Sus dos puños armados se apoyaron en sus rodillas, y las negras bocas mantenían una línea horizontal que terminaba en las sienes de los dos acostados.

—Podéis dormir si queréis o ir pensando en lo que va a suceder, a no tardar. El rey de Francia tan pronto reciba la fiel copia de tus proyectos sobre Córcega, enviará refuerzos a la isla, y unas cuantas galeras a Nápoles bloqueando el puerto. Después, el embajador vendrá a comunicar al Regente que tu persona no es grata al Estado galo, y que exigen tu entrega o expulsión. ¿Cierras los ojos, corso? Hazlo, pero no muevas los brazos. La goleta que tienes preparada en Fischio podrá servirte aún para ir a intentar fortuna a otro paraje, si no intentas tu ruina en una alcoba tapizada do azul que no es tumba que te pertenece. Morirás más dignamente si dominas tu sangre impetuosa. Haz como el Verrugas que se está quieto aunque suda de miedo, furor y maldad.

Por espacio de una hora, el extraño grupo se estuvo observando con tensa vigilancia que no decayó un sólo instante. Al fin, el Pirata Negro se levantó.

—Ahora ha llegado el momento de la última parte del juego a que os he invitado. Tengo la vaga sospecha de que al yo salir de esta alcoba haréis de dos cosas una: o chillar como poseídos de ardor demoníaco o correr tras de mi. Malas cosas ambas. Desde el corredor sé disparar también. También es verdad que no pienso pasarme la existencia aguardando desde el corredor cuál de las dos cosas pensáis hacer. Procurad acertar el tiempo que en él permaneceré. Si la impaciencia os vence, se despertará el palacio entero al son de dos pistoletazos. Pero probad la suerte; a lo mejor cuando chilléis o cuando salgáis me habré marchado ya. Buena suerte, pastores, pero recordad que yo no soy ninguna oveja.

Una vez de espaldas sin dejar de encañonarlos, el Pirata Negro llegó hasta la puerta abierta.

Una vez en el corredor, por dos veces asomó a intervalos el tubo de hierro de una pistola contra los dos hombres que en pie miraban con fijeza hacia el marco de cuyos goznes destrozados pendían restos astillados.

Silenciosamente se dirigió a la escalinata que conducía a la puerta principal…

CAPITULO X

Las tres escapadas

Los dos “mesniaderi” que montaban guardia en la puerta de palacio observaron con indiferencia al español que el propio Paolo Chiurno habla manifestado era “bienvenido*', por ser enlace de la hermana de Pietro Fonti.

A paso normal atravesó Carlos Lezama la amplia terraza. Llegaba ya al peldaño inferior de la escalinata exterior cuando del ala izquierda brotaron sucesivos dos disparos y gritos excitados.

Paolo Chiurno, con casi todo el rechoncho cuerpo volcado sobre una ventana, rasgaba el silencio nocturno con estentóreas voces:

—¡Al español! Detenedlo! ¡Es un traidor espía!

Le sustituyó en las vociferaciones el propio Pietro Fonti y sus órdenes lanzaron en pos del Pirata Negro a varios “mesniaderi” espada en mano. Carlos Lezama corrió hacia la tapia del jardín, que escaló con celeridad, para caer en pie al otro lado en una callejuela desierta.

Pero la pálida luz lunar iluminó a los cuatro “mesniaderi” de la guardia exterior que en grupo acometieron al que intentaba huir.

La espada del Pirata Negro llameó prodigando el latigueo que azotando los aceros enemigos, iba separando las mortales estocadas.

La voz de Paolo desde el jardín fué acercándose... De la defensa pasó el Pirata Negro al ataque y cuando Paolo Chiurno desembocó en la callejuela hallóse frente a la desanda espada sangrienta de Lezama.

No pudo detenerse en la impetuosa carrera Paolo, y su espada se enzarzó violentamente con la espada del Pirata Negro, que oyó en la grava del jardín las raudas pisadas de un tropel de “mesniaderi” que acudían a reforjar a su jefe.

—Vas a tener muerte demasiado digna, Paolo Chiurno —habló con dureza el Pirata. Negro — Un verdugo de mujeres no se merece el definitivo alfilerazo de mi espada. Eres buen espadachín... — dijo saltando hacia atrás—. Pero... ¡vas a dejar de serlo! —y tendiéndose a fondo, atravesó el cuello del rechoncho esbirro.

Cuando llegaron los “mesniaderi" sólo vieron el cuerpo sin vida de Paolo Chiurno y cuatro cadáveres de sus compañeros de armas. Pero por más que con cautela recorrieron los contornos no hallaron rastro del español que de “bienvenido” habíase convertido en el ejecutor del brazo derecho del “terror de Nápoles”.

* * *

Marisa d’Ambri dejó su carroza al último de los prohombres napolitanos avisados por ella de las intenciones del corso. Y fué a pie que acompañada por Niccolo Gandolfo, el ex senador del Reino, emprendió la subida a Chiercanto, el valle de lava petrificada que se extendía en la falda sur del Vesubio.

En la “Boca de Azufre”, llamada así por ser de allí donde el volcán anunciaba sus temibles revulsiones, exhalando sulfurosas emanaciones, Marisa d’Ambri sentóse en el banco natural formado por un resalte de antigua lava.

——Por cuanto me habéis contado, Marisa —dijo Gandolfo, cuyos sesenta años poseían aún alguna arrogancia, —concedéis una confianza sin límites a ese misterioso español que os salvó de la tortura.

—Y que ha salvado del saqueo vuestro patrimonio “messire” Niccolo, así como las fortunas principales de Nápoles. Pero la finalidad que persigue Carlos Lezama, él mismo nos la dirá si la Madonna oye mis ruegos y le ayuda a salir sin daño de la persecución del corso maldito.

Cuando Carlos Lezama llegó a la “Boca de Azufre” vió a Marisa d’Ambri arrodillada en muda oración ferviente, mientras a su lado un anciano, cabeza destocada, manteníase en pie respetuosamente cabizbajo.

—¡Bendita seas, “mía Madonna”! —exclamó Marisa cuando el Pirata Negro la tocó en el hombro—. ¡Le habéis salvado!

—Vuestra Virgen ha sido benigna conmigo —dijo seriamente el Pirata Negro—. Y espero también lo sea el día en que la suerte me abandone. Pero ahora, sentaos, y escuchadme con atención. ¿Quién

es ese caballero?

—Soy Niccolo Gandolfo — dijo el anciano—. Ex senador que abandonó voluntariamente su dignidad de vocal riel gobierno cuando el corso maldito se apoderó de la ciudad en nombre ¿el Regente actual. ¿Y vos quién sois?

—Soy quien respetando vuestras canas, os echa en cara que no sólo abandonasteis la dignidad de un empleo, sino que olvidasteis vuestra dignidad de hombre y patriota. No es retirándoos a vuestra casa, y lamentándoos junto al fuego de la cocina que cumplisteis con vuestro deber. No os engañéis, noble anciano, que si con claridad hablo es porque a ello tengo derecho, ya que se me importan un comino las desventuras de una ciudad cuyos hombres no supieron serlo. Y si muerte he dado a Paolo Chiurno no ha sido por Nápoles, sino para qué en Nápoles sea quien ocupe la Regencia Marisa d'Ambri por legítimo derecho hereditario o de elección, como mejor gustéis. Y con vos he terminado.

El Pirata Negro volvió la espalda a Niccolo Gandolfo y señaló a Marisa un punto lejano en el mar.

—Allí hay un velero que me aguarda, señora. Espera de mí la señal para que en bahía concertada venga una lancha a esperarme. Pronto encenderé aquí mismo la hoguera que servirá de señal. ¿Tenéis sitio seguro donde refugiaros en espera de los acontecimientos que han de precipitarse?

—Sí. Todos los caballeros que he avisado se han dirigido a una catacumba romana desconocida por los "mesniaderi" del corso maldito. Pero, ¿vos me abandonáis?

—Tengo que regresar a Córcega. No es difícil adivinar lo que Pietro Fonti hará. Inundar el puerto de Marsella de espías que impidan vuestra supuesta llegada para avisar al rey de Francia. Pero no abandonará su proyecto de apoderarse de la isla corsa. Inculcad a los noble» napolitanos que han puesto a salvo sus pellejos de carne y sus pellejos de oro, que ha llegado el momento de actuar. Que sacrifiquen parte de sus tesoros en vez de guardarlos celosamente. Si no tienen valor para empuñar armas que distribuyan entre los "mesniaderi" abundante oro, tanto si Fonti zarpa o no con su goleta. Si zarpa partirá con la mayor parte de sus "mesniaderi" con lo que vuestros nobles compatriotas se ahorrarán el dinero del soborno. Si no zarpa, lo cual me extrañaría, más vale

que vacíen ellos sus cofres si tanto desean que cese el dominio de Pietro Fonti.

—Cuando el corso maldito vea que Marisa no llega a Marsella —intervino Gandolfo que aunque resentido quiso demostrar que poseía perspicacia—, comprenderá el engaño y se añadirán páginas de sangre en la actual historia de nuestra ciudad.

—Sabe ya que su secreto está descubierto, y que más tarde o más temprano las pruebas llegarán al rey do Francia. Si se le han escapado los cofres de Nápoles que destinaba a la conquista de Córcega, procurará anticiparse al desembarco de más fuerzas francesas. Mi velero es el más raudo del mar Caribe, y siempre llegará a la isla con anticipación a la goleta de Fonti.

—¿El Mar Caribe? —preguntó Gandolfo, retrocediendo un paso.

—Sí, el mar de los piratas, el mar de los combates, el mar donde los hombres serán turbamulta de canallas sanguinarios y bribones alegres, pero donde todos saben morir espada en mano y no calzando pantuflas napolitanas. Siento decepcionaros, señora, al confesar que además de recibir en la cuna el nombre de Carlos al que añadí el de Lezama, que es una hierba que crece en las cumbres de los montes panameños, recibí también el apodo del Pirata Negro.

Niccolo Gandolfo retrocedió otro paso más, pero Marisa d’Ambri sonrió con cierta melancolía.

—Vuestro modo de invadir mi góndola era bastante elocuente, señor Carlos Lezama. Pero no hago caso de apodos, sino que aprecio sólo los actos.

—Pero en vuestros labios se dibuja sonrisa de pena. ¿Lamentáis que sea un bribón pirata, Marisa? —dijo Lezama con leve burla también melancólica.

—Sí; lo lamento, porque siempre tendréis una amada contra quien no puedo luchar: la azul extensión del mar. Pero, no quiero escandalizar a “messire” Gandolfo declarando mi atracción hacia vos, Carlos Lezama. Bien dijisteis que ha llegado el momento de actuar. Os prometo que sabré merecer la confianza que en mí parecéis tener. Adiós, Señor Lezama. Mísera recompensa os puedo dar, pero quiero que la aceptéis.

Y Marisa d'Ambri acercándose al Pirata Negro tendió los labios. Fué el primer baso que dió con romántica pureza de imposible amor.

Mientras ella y el ex senador se perdían camino abajo, Carlos Lozanía aplicó el pedernal rústico que le proporcionó la misma lava petrificada, a dos rastrojos de ramas entrelazadas. Y cuando las dos antorchas improvisadas ardieron plenamente, agigantó la llama doble agitándola al extremo de sus brazos en círculos lentos...

* * *

Jarnac de Lesperruy tomó por testigo de su indignación a su escudero, que iba sirviéndole el copioso almuerzo.

—Ocho días hace ya que partió el hidalgo español a Nápoles, y esos son los días en que yo me iba consumiendo en espera de la licencia del rey. Pierdo el apetito —declaró el gascón sin parar mientes en que sobre una fuente de las que había retirado el escudero yacían los huesos de tres pollos bien cebados — y el Bey me manda ahora orden imperiosa de qué bajo ningún concepto abandone Ajaccio. ¡Por cien mil diablos barrigones! ¡Con los deseos que tenía de verme con el corso Fonti!... En fin, sírveme otro plato de crema. Está apetitosa, aunque no valga las que en Kerdael se elaboran.

Fué en uno de esos soliloquios que Carlos Lezama sorprendió a Jarnac. Y la narración que con irónicos comentarios salpicó el Pirata Negro de sus andanzas por Nápoles, hicieron estremecer las amplias espaldas del hercúleo gascón, cuyos mostachos sufrieron un duro castigo.

—...y pensando raptar a Marisa, para atraer al corso hacia aquí explotando su pasión amorosa hacia ella, tuve que raptarla para evitar que sufriera la peor suerte ante las habilidades particulares del difunto Paolo, cuyo veneno hinchábale el rostro de verrugas. Ahora ya habéis estudiado cuáles son los designios de Pietro. Cañonear por sorpresa Ajaccio y tomarla por asalto contando que vos sólo tenéis una compañía de mosqueteros, y todos los restantes se hallan en el litoral circundante.

Los ojos de Jarnac brillaban de entusiasmo, y colocó encima del mapa un índice rígido como un cañón de pistola.

—Esa cruz quiero ser yo, ¿verdad?

—bramó con voz jubilosa—. Caerá quizás casa tras casa en Ajaccio bajo el cañoneo de la goleta artillada del corso, pero miradme bien, hidalgo. De los escombros humeantes saldré yo al encuentro del Pietro fanfarrón y le machacaré los sesos a taconazos.

Con vos nadie puede, pero tampoco conmigo nadie puede, porque los dos somos invencibles. Y quien se atreva a dudarlo que venga a decírmelo. ¡Me aburro, Carlos! Necesito ya oír el estampido de los cañonazos y poderme ver cara a cara con Pietro Fonti.

—¿Os marea el bamboleo agradable de un velero, Jarnac? ¿Os repugnaría oler el aroma de cincuenta piratas bellacos y peleones?

Jarnac de Lesperruy se puso en pie de un salto y abrazó con entusiasmo al Pirata Negro, palmeteándole afectuosa y sonoramente en los hombros.

—¡Sois el hombre más genial del Universo, hidalgo! Yo os quería pedir lo que acabáis de ofrecerme pero no sabía cómo decíroslo para no comprometeros.

—Quien se compromete es el capitán de mosqueteros al alternar a bordo de un velero pirata. ¿Qué dirá su Majestad si se entera?

—¡Bah! —rebatió Jarnac, gozoso—. ¿No sabéis que soy ágil de inventiva cuando de mis insuperables fuerzas se trata? Diría que obligué a luchar a mi mando a la tripulación entera de un barco pirata. Y sin desobedecer la orden real, puedo salir en lancha a explorar el litoral de la isla. Dadme uno de vuestros piratas con rostro de guerrero y sin sable de abordaje, y que me lleve hasta el “Aquilón”. Y aunque a bordo tenga que pasarme lo que de vida me resta, será con enorme satisfacción que aguardaré la llegada o no de ese fanfarrón de corso.

—De acuerdo estamos en que juguéis a ser pirata por algún tiempo mientras por espacio de dos semanas yo me avenga a permanecer por esos contornos de Ajaccio. Pero antes de bo solicitar favor contra favor.

—Cuanto pidáis vuestro es, hidalgo, no puedo negarme.

—¿Que me decís ele Carina Fonti?

El gascón abatió sus largos y voluminosos brazos a la largo de sus costados con ademán de desaliento profundo.

—Me da aún más guerra que su dichoso hermano, hidalgo.

—Pero, ¿no la teníais encarcelada?

—Y sigo. ¿Habéis olvidado, acaso, que me mandaron de París unas lechuzas de leguleyos que forman un tribunal? Califican a Carina Fonti de bandido, sin mirar que faldas lleva, y quieren cortarle el cuello al redoble de los tambores.

—Si es orden del rey… —dijo sonriendo el Pirata Negro,

divirtiéndose ante la candidez del gascón, al que apreciaba por su hombría — Sois mosquetero y las órdenes de Su Majestad...

—¡Que le corten el cuello en París, pero no será aquí ante mis bigotes! —bramó Jarnac de Lesperruy—. Ella hizo muy bien en apuñalar al delator, e hizo muy bien en secundar los planes de su hermano. ¡Qué diantre! Las bravas mujeres merecen mi consideración y no consentiré que ninguna lechuza con anteojos pueda decir que Jarnac de Lesperruy firmó orden de ejecución contra una mujer. Y si el rey me llama la atención, le recordaré que a mí no se me manda de esbirro de leguleyos, sino que se me manda a luchar contra hombres.

—...como por ejemplo, los piratas —acotó Lezama sonriente.

—Eso es — dijo Jarnac—. ¡Bien, bien, bien! —se corrigió rápidamente mirando confuso al Pirata Negro—. Vos sois un guasón, hidalgo. Me habéis pillado en renuncio. Pero aun a eso le daría respuesta al mismo rey. Si por pirata se entiende al que manda el velero “Aquilón” me honro de ahora en adelante en que pirata me llamen, y ¡voto a sanes! que caro pagaría quien pirata me llamase con mala intención y no a modo de elogio, pensando en vos.

—Sois un hércules tragón, Jarnac, y sin embargo sabéis ser romántico a veces. Pero de eso no vine a hablar. Decidme, ¿si os confesara que sufro de repentino ataque de raptar, qué me replicaríais?

—Cuanto hagáis, bien hecho está. Pero... ¿a quién diablos vais a raptar?

—¿Qué os parece si dejáramos insatisfechos a los leguleyos? Dicho en otras palabras: ¿qué os parece si yo le facilitara la fuga a Carina Fonti? Prometo no malherir a ningún mosquetero vuestro, pero estimo que Carina Fonti es joven y ningún crimen ha cometido para perecer a manos de verdugo. ¿Qué decís?

Jarnac de Lesperruy pegóse dos sonoras puñadas una en cada oreja. Eran suficientes para tumbar un buey, pero el mosquetero se atusó después los bigotes como si sus orejas no estuvieran coloradas de resultas de la brutal caricia con que su propio dueño las había obsequiado “cariñosamente”.

—Me ocurre algo curioso, hidalgo Lezama. Sufro yo de enfermedad como vos, aunque distinta. Una sordera extraña me

afecta, y nada oigo de cuanto me decís. ¿Qué os parece si fuerais a... bien, a eso que os proponéis hacer y que no sé qué es? Seguramente cuando regreséis tras llevar a feliz término el rap... en fin, eso que no he oído, estaré ya curado de mi sordera.

Carlos Lezama daba ya media vuelta y sonriendo dirigíase hacia la puerta cuando el mosquetero tosió en señal de advertencia.

—Al Conradi lo decapitaron y al quedar sólo una prisionera, di orden que bastaba con dos mosqueteros para custodiarla. Uno en el pasillo exterior que dista veinte metros de la celda, que es cuarto que por dentro se cierra a voluntad de Carina, y otro mosquetero al fondo de una garita distante de la celda otros veinte metros por la parte posterior. Son dos buenos muchachos jóvenes a los que aprecio. Hasta luego, hidalgo.

Cuando el Pirata negro apareció frente al caserón que de prisión servía a Carina Fonti, llevaba alrededor de su cintura dos largas cuerdas arrolladas.

Tras breve lucha silenciosa, en que consecutivamente el felino salto del Pirata Negro abatió contra el suelo a dos entontecidos mosqueteros, las dos cuerdas acompañaron en sólida ligadura a los amordazados "jóvenes" que apreciaba Jarnac de Lesperruy.

Dió el Pirata Negro tres toques en la puerta de la celda de Carina Fonti. Y cuando ella abrió, llevóse una mano a los labios con los ojos dilatados por la sorpresa.

—¿Vos? ¡Aquí! Creí... que me traían la miserable pitanza que...

—¡Chttt! —silenció el Pirata Negro aplicando sobre los femeninos labios un índice enguantado—. Acompañadme. Una vez me llevasteis de la mano a través del monte. Ahora os devolveré vuestro amable y provisional desempeño del empleo de "cicerone". Dadme la mano, que en las tinieblas podíais tropezar con los tendidos guardianes.

En silencio y anhelante de gratitud, Carina Fonti siguió tras el que por segunda vez le salvaba de muerte cercana. La extrañó ligeramente que en vez de tomar los senderos del monte, su liberador la condujese a una desierta playa.

—Orden tengo de vuestro hermano de que subáis en esa lancha velera con la que fácilmente cruzaréis la corta distancia hasta la vecina isla calabresa. De allí parte correo a Venecia. Tomad esa bolsa; me la dió para vos vuestro hermano, para que sufraguéis el

costoso y largo viaje a Venecia. Allí deberéis aguardarle, sin intentar para nada ir a Nápoles a reuniros con él. Ya recibiréis noticias suyas.

—Pero, ¿un viaje tan largo cuando yo debo ir soliviantando a los...?

—Me limito a repetiros las palabras de Pietro Fonti, que tras abrazarme cariñosamente me recomendó que sobretodo no aceptara discusiones con vos, y que esperaba que como buena hermana acataríais con disciplina su cambio de planes en lo que a vos respecta. He logrado evitaros el hacha del verdugo; cumplid vos ahora los deseos fraternos, que estoy cierto sólo quiere velar por vuestra vida. Yo quedo en Córcega y partid tranquila. Todo terminará como debe terminar.

Instantes después partía la lancha velera tripulada por Carina Fonti, cuya silueta bravía erguíase a popa tensando la vela con experto manipular de mujer aguerrida a toda clase de situaciones.

—Buena o mala no merecía morir a manos de un verdugo —dijo en voz alta el Pirata Negro, mientras se alejaba hacia Ajaccio—. Tiene razón el bravo Jarnac.

* * *

Jarnac de Lesperruy hizo rodar en sus órbitas dos ojos encolerizados al oír las explicaciones de dos aturdidos mosqueteros.

—...fué imposible de prever, mi capitán. Algo así como una fiera que salta en la obscuridad.

—¡¡Y Carina Fonti ha huido!! —vociferó Jarnac, atusándose los mostachos con fieros ademanes—. ¡¡La deshonra para mis estandartes!! ¿Qué dirá Su Majestad? ¿Qué dirán las lechuzas con anteojos? Se reirán de nosotros. Dirán que esos valientes mosqueteros son invención de favor real. Que no servimos siquiera como nodrizas de una tierna criatura femenina... ¡Voto a los calzones de Belcebú! Antes que la deshonra, ¿qué preferís?

—¡La muerte! —contestaron al unísono los dos mosqueteros irguiéndose.

—Eso no arreglaría nada, muchachos. No puedo consentir tal oprobio. ¿Sabéis qué ha ocurrido? Veinte corsos de la montaña os atacaron y tras brava defensa os maniataron, raptando a Carina Fonti. ¿Comprendido, muchachos?

—Muchas gracias, mi capitán. Os lo agradeceremos toda nuestra

vida porque sois generoso y…

—¡Y un rábano! ¿Creéis, acaso, que lo hago por vosotros? Lo hago por mis estandartes sin mancha. Idos ya a contar el ataque de veinte corsos a los leguleyos y anunciadles a la par que voy a dar una visita de inspección por toda la costa. Y después, ¡¡veinte días de arresto en la sala de banderas!! Motivo: no haberme traído veinte cadáveres de corso. Marchaos.

* * *

La muerte de Paolo Chiurno destempló el fiero carácter de Pietro Fonti que sin la eficaz labor de espionaje de su difunto secretario, empezó a mostrar síntomas de inquietud…

Cuando reunió al día siguiente de la desaparición de Marisa d’Ambri y los ricohombres de Nápoles, a los doscientos “mesniaderi” más resueltos de toda su tropa mercenaria, al fin de su discurso bailó una objeción en los dos capitanes de cada centuria, que dando un paso al frente, le dispararon una pregunta cada uno.

—¿Quién nos pagará?

—¿Si no somos gente de mar, para qué liemos de ir a Córcega?

—Conozco mi isla palmo a palmo. Todo el botín del saqueo será para vosotros y en cuanto al mar será nuestra mejor salvaguardia. Sólo navegan por aquellas aguas veleros pesqueros y la artillería de la goleta, sí sabéis manejarla. Con ella derruiremos los núcleos de resistencia de los mosqueteros que suman tan sólo un centenar en la capital. Y avanzando por la isla se unirán a nosotros miles de corsos.

Tras varios conciliábulos los doscientos “mesniaderi” asintieron a las explicaciones de sus dos capitanes, y aquella noche secretamente Pietro Fonti a bordo de la goleta abandonaba Nápoles dejando en ella los ochocientos restantes “mesniaderi”, ignorantes de que el consejo de Carlos Lezama había sido asimilado por Niccolo Gandolfo y el oro napolitano libre de la tralla temerosa de Paolo Chiurno, corría a raudales engrosando los bolsillos de los sobornados “mesniaderi”.

CAPITULO XI

Cañonazos por sorpresa

Al pisar la cubierta del “Aquilón” después de un largo viaje en bote de remos maniobrado por un hercúleo negro silencioso y en compañía de Carlos Lezama, Jarnac de Lesperruy contempló los cincuenta rostros de la tripulación pirata, que le miraban con leve asombro.

Pero también se dio cuenta que la mayoría de aquellos rostros patibularios reflejaban una sumisa fidelidad hacia el hombre que ahora se encaramaba sin emplear la escalera al castillete de proa. Y Jarnac de Lesperruy desde lo alto del castillete vió a lo lejos la línea ondulada y roja del litoral corso que bordeaba la capital, Ajaccio. Pero se distrajo de su contemplación al oír la voz burlona del Pirata Negro que a su lado, y apoyadas las manos en el reborde, hablaba a la apiñada masa de piratas congregados a los pies del castillete: —Traigo en el pico una gota de miel y una de limón, mis valientes. Durante mi ausencia y bajo el mando del guapetón “Cien Chirlos”, mi lugarteniente, habéis sabido hurtar a mi velero de la ruta de cualquier navío que llevara sana intención de hundirnos. “Cien Chirlos” no me ha presentado queja ninguna y reposo hay para el látigo de siete colas. Esa es la gota de miel. Vayamos al limón. Relucís grasientos y bien cebados, porque si bien se come y bien se bebe a mi bordo, mejor se duerme cuando yo no quiero pelea. Pero no quiero convertiros en un hatajo de poltrones holgazanes. Andaremos al pairo por estas aguas diez días más. Es posible que sigáis engordando y ya en el mar Caribe me cuidaré de haceros sudar las grasas. Pero también es posible que aparezca una goleta bien amurada y con coronada traidora, dispuesta a sorprender a cañonazos la isla corsa por la capital. A bordo de la goleta hay un

corso que tiene vida salva. Os lo indicaré para que al abordar no me lo maltratéis, porque lo quiero vivo y en perfecto estado, si ninguna metralla lo derriba, cosa que sentiría él más que yo. Pero también a bordo y en su camarote habrá seguramente un buen cofre con el contenido de todas sus rapiñas que muchas fueron. Ese cofre es vuestro en cincuenta partes iguales.

La breve carcajada del Pirata Negro contagió a Jarnac de Lesperruy que sin saber razonarse el motivo se hallaba encantado con su uniforme de capitán de mosquetero en un velero pirata.

—El caballero que me ha hecho el honor de acompañarme en la risa, es mi único amigo de tierra adentro. ¿Sabéis lo qué es un hombre cabal y honrado? Con algún esfuerzo os lo podéis imaginar: es aquello que todos alguna vez soñamos ser. El caballero Jarnac de Lesperruy lo es. Si viste ropa de espada al servicio de rey, no le guardaréis rencor por ello ni le tengáis ojeriza. Porque me temo que si no estuviera casado con la dama más bella de Francia, se alistaría bajo mi pabellón.

—¡Voto al diablo que es cierto lo que vuestro jefe dice por lo que a mi esposa y a alistarme se refiere! —clamó espontáneamente el gascón.

—Veis, pues mis bribones valientes, que es un pirata más y le doy la categoría que a nadie he dado. Sus órdenes a bordo se cumplirán como si mías fueran. Id a la bodega y cinco vasos de vuestro rascatripas favorito en honor al caballero Jarnac de Lesperruy.

Los piratas iniciaron un alegre desfile hacia las calas. Jarnac de Lesperruy enderezó con el pulgar las enhiestas guías de su mostacho.

—A fe mía, hidalgo, que haríais un magnífico capitán mosquetero.

—A fe mía, mosquetero, que haríais un magnífico capitán pirata.

Y los dos amigos rieron al unísono… Una tercera carcajada vino a reunirse a sus risas, y en el castillete de proa apareció la alta figura de un manco, vestido con desaliñada elegancia, y de simpático rostro de granuja. Joven y pelirrojo, ostentaba una ancha boca.

—¡Hola, hola, estudiante! ¿Te aburriste mucho en mi ausencia?

—Sí, jefe. Me he visto obligado a tumbarme todas las noches

bajo un barril con la espita abierta, para poder durante el día dormir.

—Ved a ese buen mozo, Jarnac. Más valiente no lo hay porque su brazo zurdo me dió en ofrenda al mar para salvar al “Aquilón”. Un rey azteca le llamó “Medio Brazo”. Su verdadero nombre es Diego Lucientes, bachiller, madrileño, gran espada, gran borrachín y gran romántico.

—Todo eso soy, caballero —dijo Lucientes, quitándose el tricornio y saludando al gascón que destocándose el chambergo devolvió el cortés saludo—. Sólo con una variación: lo de valiente es favor que me haces, jefe. Bien sabes que sudo de angustia en los trances peligrosos.

—Pero los superas. ¿No es esa la mayor de las valentías, Jarnac?

—¡Quien lo duda! Miedo vencido, es valentía suprema. ¿Remojamos el gaznate, caballeros? Habéis mentado al corso, y me habéis puesto sequedad en la garganta. Y por cierto decidme antes de que libemos: ¿vida salva para el Fonti? ¿Qué quisisteis decir?

—Que Pietro Fonti os pertenece, porque os lo cedo. ¿No era vuestra pesadilla? Esfumadla, a puntarazos de espada.

* * *

Dos días de espera en los que los vigías oteaban el horizonte por la singladura que procedía de la costa napolitana... Dos días en los que Diego Lucientes y Jarnac de Lesperruy demostraron que poseían la misma capacidad estomacal para ingerir bebidas espirituosas. Jarnac de Lesperruy habló de sus andanzas por España cuando era mozo imberbe, y por sus elogios a la villa del oso y del madroño se granjeó la simpatía del madrileño...

Las velas tensas del “Aquilón” largadas a todo trapo, lanzaban la afilada proa en surcos circulares que protegían el acceso a la lejana bahía de Ajaccio.

Y anochecía el tercer día, cuando un vigía dió la voz de alerta:

—¡Goleta a barlovento! ¡Enfila proa al norte!

Carlos Lezama, Jarnac de Lesperruy y Diego Lucientes subieron al castillete de proa, y el Pirata Negro mantuvo unos instantes el largavistas en dirección a la lejana goleta que era aún diminuta blancura de velas en el horizonte.

—Balconada de proa, triple mesana, “Santa Bárbara” en alto —fué diciendo el Pirata Negro—. Amurada por estribor, artillada a

babor. Manejan las jarcias con torpeza. Es la goleta del corso.

Tendió el anteojo a Jarnac que declaró ingenuamente después de frotarse la ceja contra el lente, que no veía más que una masa confusa, pero que no dudaba de la pericia marinera del Pirata Negro.

—¡Izad contrafoques! — gritó de pronto Lezama—. ¡Al pairo hacia el norte!

Y con voz normal le explicó a Jarnac de Lesperruy:

—Sin pabellón y sin hombres en cubierta, nunca el corso creerá en un velero pirata. Sólo seis hombres andan por las velas, pies desnudos y piojosos como vulgares pescadores. Yendo lentos hacia Ajaccio, dejaremos que tome altura la goleta. Hay tiempo por delante. ¿Veis aquellos barriles, Jarnac?

El mosquetero miró hacia una hilera de ocho barriles que alineados junto a una borda del velero asomaban por un orificio superior horadado en la tapa una mecha larga.

—Si llenos están de algo sólido o líquido pesarán alrededor de los cien, quilos.

—Contienen metralla y guijarros puntiagudos mezclados con hierros retorcidos. Son bombones de mi invención. Están ahora protegidos por la borda chapada de hierro en evitación de que una granada artillera enemiga al incendiarlos nos hiciera saltar por los aires con los restos y pedazos de mi barco. Pero, ¿recordáis el desafío que en Kerdael me hicisteis, Jarnac?[2]

—Quedamos igualados. Podemos repetir, hidalgo. Ocho son; a cuatro por cabeza, intentaremos lanzarlos lo más lejos posible. Pero explicadme la maniobra. ¿Dónde, cómo y cuándo hay que lanzarlos?

—La “Santa Bárbara” es el polvorín enemigo que a diferencia del mío que está en cala y protegido por hierro, está en la goleta a cubierta. Ahí no tiréis barril porque no quedaría ni restos de vuestro amigo Pietro Fonti. Esa es la única explicación: para el resto bastará que imitéis mis gestos. Pero os hago una advertencia: aún estáis a tiempo de no aceptar desafío en que no estáis avezado.

—Es mi deseo hacer cuanto hagáis, y si no os puedo superar sabré igualaros. ¿Me consideráis fanfarrón?

—Ambos lo somos, pero sabemos cumplir lo que pensamos y nos jactamos de hacer. La advertencia es que una vez encendida la

mecha observadla atentamente; si sale demasiado pronto el barril, no estallará ni la borda enemiga entre los hombres, y si sale demasiado tarde vos entallaréis y no me podré reír porque os acompañaré en el último viaje.

—Es juego magnífico —dijo convencido el gascón—. Pero tanto me gusta oíros reír, que no quiero me privéis de ese gusto.

Las sombras de la noche iban ennegreciendo mar y cielo; las velas de la goleta iban agrandándose, mientras el “Aquilón" semejando dirigirse hacia la bahía de Ajaccio, maniobraba obedeciendo las órdenes del Pirata Negro, acortando la distancia que por babor le separaba de la goleta.

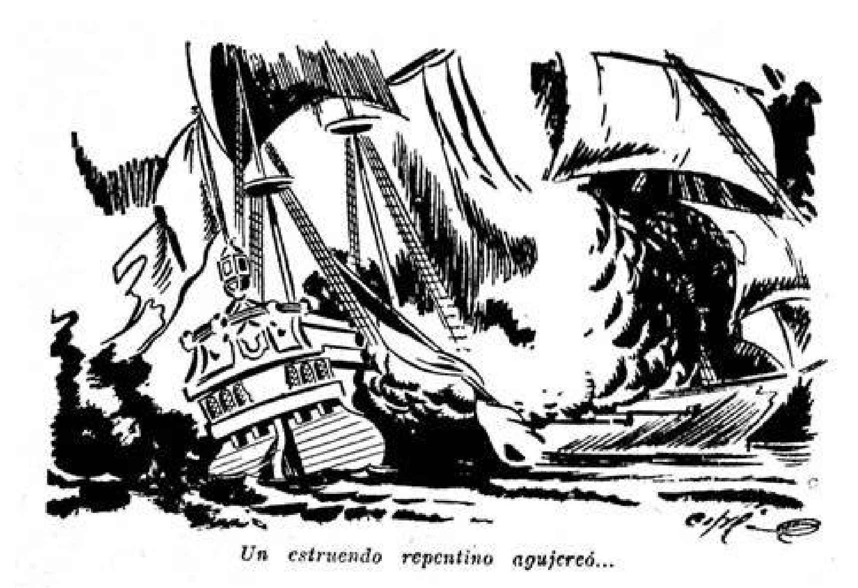
—Ese corso es tal mal marinero como yo — dijo Jarnac—. Atacar de noche es desperdiciar la luz del sol que le ofrecería mejores blancos.

—Basta la luz que refleja Ajaccio, ciudad dormida y confiada, pero por cuyas calles brillan faroles y antorchas de vuestros mosqueteros. Observad la vela delantera de la goleta: es la proa y la podéis ver en toda su anchura. Cuando se perfile hacia babor, ¿sabéis lo qué significará? Que teniendo su artillería a babor, debe maniobrar a la justa distancia y dando babor lanzar por sorpresa sus andanadas contra los débiles reductos de vuestros mosqueteros. Pero a tunante, tunante y medio. Apagaré el fuego de ese conquistador. Si por sorpresa piensa atacar su propia ciudad natal, por sorpresa le haré enmudecer.

El Pirata Negro silbó cinco veces espaciadamente con rara modulación ascendente. Varias siluetas fueron deslizándose desde las bocas de cala hacia la proa.

—Los artilleros de proa. Cuando la goleta presente su babor, los primeros cañonazos por sorpresa que restallen serán los del “Aquilón”.

Jarnac de Lesperruy junto a Carlos Lezama en el castillete de proa fué observando con creciente interés la proa de la goleta adivinándola en la obscuridad por la anchura de vela. Guando la vela empezó a perder amplitud, se atusó algo nervioso los bigotes. ¿Y si Pietro Fonti moría por la metralla?



Un estruendo repentino agujereó...

Cinco nuevos silbidos modulados de forma distinta hicieron brotar de la cala otras siluetas que se agazaparon a estribor. La vela de proa de la goleta iba disminuyendo a tres millas del litoral.

—¡Mechas! ¡Babor enemigo por diana! ¡Artilleros de proa!

Las voces de mando del Pirata Negro movieron, en la proa del velero las siluetas agazapadas, de las que brotaron algunas chispas de las yescas al frotarse contra las culatas de los cañones.

—¡Zafarrancho de combate! —gritó el Pirata Negro—. ¡Larga todo trapo! ¡Avante! ¡Fuego por andanadas!

En un segundo la tranquila apariencia del velero se convirtió en acelerada actividad... El “Aquilón” cabeceó airosamente lanzando hacia delante a toda vela, como si fuera a embestir a la goleta que aún maniobraba, con sus artilleros ajetreados tras los cañones de babor.

La cubierta del “Aquilón” poblóse de saltarines piratas blandiendo hachas de abordaje, largos cables rematados por garfios...

Un estruendo repentino agujereó el aire en roja llamarada...

—¡Maniobra por estribor! — y el velero cambió la dirección.

De la goleta partieron cañonazos dirigidos contra el inesperado buque defensor de la isla. Pero se abatieron en el mar levantando surtidores de espuma...

—¡Andanada por estribor!

El avance del velero en línea recta hacia la goleta, vomitando por proa y costado llamaradas mortíferas, encendió la sangre de Jarnac de Lesperruy, que por ver primera en su vida de continuo combatiente, presenciaba el más emocionante de los combates: la lucha artillera en un mar.

La tercera andanada pirata derrumbó con sordo crepitar los cordajes que mantenían las velas de popa en la goleta.

—¡Torpes! —gritó el Pirata Negro.

—¿Torpes decís? —exclamó Jarnac. —Ha sido una andanada soberbia. Las velas de la goleta han quedado reducidas a la mitad de trapo.

—Torpes son los artilleros del corso. No hay enemigo, Jarnac. Maniobran como lo harían vulgares mosqueteros... que no fuesen los vuestros bien entendido.

El humo de la pólvora con su acre olor embravecía a los tripulantes del “Aquilón”” que asiendo entre sus dientes los corvos puñales todos, se diferenciaban en que unos blandían sables de abordaje, y otros hachas.

La goleta iluminada por el resplandor de las velas derribadas al quemarse delató la presencia a su cubierta de una numerosa formación de “mesniaderi”.

—Llegó el momento, Jarnac, de que me demostréis si vuestro brazo sigue tan fuerte como siempre.

Y antes de saltar del castillete de proa, el Pirata Negro lanzó su última orden:

—¡Desmantelada! ¡Lista está para el abordaje! ¡Prestos los garfios!

Corrió hacia los barriles repletos de metralla, y a su lado Jarnac de Lesperruy con alegre ardor inclinóse para levantar sobre su cabeza un barril! manteniendo entre los dientes la mecha encendida que debía servir para prender la leí barril. Iba imitando gesto por gesto a su maestro en aquel nuevo juego.

Pero sufrió una decepción al ver que los músculos hinchados del Pirata Negro perdían grosor al depositar de nuevo tras la protección de hierro el barril que mantenía sobre su cabeza. Y el Pirata Negro escupía desdeñosamente la mecha que llevaba entra los dientes.

—¡Hatajo de mujerzuelas! —gruñía Carlos Lezama—. Suman cerca de los dos centenares y ved lo que han hecho, Jarnac.

Blandiendo antorchas, los “mesniaderi” daban rojizos resplandores a los trapos blancos que con toda celeridad agitaban otros de sus compañeros de armas.

—Se rinden como gente a sueldo que son. Han visto vuestro uniforme mosquetero y nos creen fuerzas francesas. Pero eso no es todo: mirad con más atención entre las dos hileras de hombres que ocupan el centro de la goleta. Allá en lo alto del torreón de mando. ¿Quién veis? Un alto mastuerzo, maniatado. Miradlo bien, porque os presento a Pietro Fonti.

Las dos naves distaban sólo una veintena de metros, cuando dió el Pirata Negro la orden de abordaje.

—¡Nadie pisa cubierta enemiga! — gritó el Pirata Negro—. Mantened bajo vuestros cañones a ese rebaño de corderos. El caballero Jarnac me acompañará al otro bordo.

Dos capitanes “mesniaderi” avanzaron al encuentro de Lezama y Jarnac, tendiendo sus espadas que asían por la punta y ofrecían por la empuñadura.

—El corso nos engañó —dijo uno de ellos—. Pero que el rey de Francia sepa que nos hemos rendido y entregamos nuestras espadas y al corso.

—Tiradlas al suelo — dijo Lezama desdeñoso—. Y que vuestros hombres tiren al mar uno tras otro todas las armas. Que los artilleros vuelquen al agua sus cañones. Sólo entonces tendréis vida salva.

Cuando después de diez minutos la orden de rendición quedó cumplida, el Pirata Negro estalló en sonora carcajada burlona.

—Aquí no hay más rey de Francia que yo —dijo con jactancia—. El que sepa nadar que se arroje al agua, y el que no, puede tomar acomodo en las lanchas. Si dentro de tres minutos queda alguien a bordo, mis piratas os pasarán a cuchillo por cobardes. ¡Pronto! Se impacientan ya mis valientes y no quiero que ensucien sus manos con vuestra linfa de marineros de agua dulce. ¡Servid para algo, capitanes Arlequines! Si un pastor que fué de ovejas os llevó a esta empresa demostradme que también de este pacífico animal tenéis la rápida retirada. ¡Al agua!

Por la borda opuesta a donde se mantenían en compacta masa desilusionada los piratas, fueron saltando y arriando lanchas los “mesniaderi” Poco después, en la goleta sólo quedaba maniatado

contra un mástil Pietro Fonti...

Y frente a él, Carlos Lezama acompañado por Jarnac de Lesperruy.

—Ahí lo tenéis, Jarnac. Yo terminé mi labor.

Jarnac de Lesperruy avanzó un paso y cortó las cuerdas que amorataban las muñecas del corso.

—Jarnac de Lesperruy te saluda, Pietro Fonti. Te dejaron al cinto espada tus, corderos. Por las muertes de mis mosqueteros que murieron asesinados por tu orden, no quiero, como sería mi deber, entregarte al verdugo de Francia. ¡En guardia, asesino!

Más que un rugido fué un sollozo el que brotó de la garganta de Pietro Fonti cuando con salvaje agilidad lanzóse espada desnuda, pero no hacia Jarnac, sino hacia el Pirata Negro. Este paró con el sable de abordaje las sucesivas y veloces acometidas del corso, cuyo rostro a impulsos de la furia y el odio tenía gran semejanza con una máscara demoníaca.

—Tate, corso —rió el Pirata Negro. —Si desde que naciste hubieras luchado así como hombre, nunca me hubieras encontrado en tu camino.

Jarnac de Lesperruy envainó la espada y extrajo su puñal de duelista cuya largura equivalía a la mitad de la espada manejada diestramente por Pietro Fonti. Con raudo altibajo descendió el acero del corso y mientras el Pirata Negro daba un salto de costado fué el gascón quien sólo con el puñal aguantó el aluvión de estocadas de Fonti.

Y era tal la furia del gascón por haberse visto despreciado como enemigo por el corso, que su puñal pareció convertirse en un relámpago circular ante cuyo acoso Pietro Fonti fué retrocediendo hasta quedar adosado a la borda.

E intentó su última traición. Arrodillóse abatiendo la espada con la punta hacia el suelo.

—Pido merced, capitán —suplicó—. Entregadme a la justicia del rey.

Jarnac de Lesperruy resopló furibundo y malhumorado. Pero no podía dar muerte a quien arrodillado le suplicaba. Volvió desdeñoso la espalda al corso y parpadeó en el colmo del estupor cuando vió que el Pirata Negro lanzaba contra él su sable de abordaje...

Pero el sable proyectado vigorosamente no iba en su busca, sino

que hundióse vibrando en la garganta del arrodillado corso, cuya última estocada fué a atravesar el hombro del gascón…

Jarnac de Lesperruy no se tambaleó pese a que la punta de la espada asomaba por la parte delantera de su jubón. Miró el acero tinto en su propia sangre, volvió la cabeza viendo al corso debatirse en los estertores de la agonía, arrodillado, y dijo mordaz:

—Mueres como viviste, corso maldito. Como los traidores. Arrodillado y suplicante.

Carlos Lezama retiró vivamente la espada de la herida y comprobó aliviado que la sangre del gascón brotaba de nítido color rojo. No era herida que afectase órgano ni pulmón.

—Un buen alfilerazo, gascón. Otro hombre estaría privado de sentido.

—Pero yo soy Jarnac de Lesperruy. Prestadme vuestro hombro, hidalgo.

Apoyándose en el Pirata Negro, el gascón pasó a bordo del velero. Y oyó con placer las órdenes con las que Lezama mandaba desengarfiar y pilotar por dos hombres la goleta a la deriva hasta la costa de Ajaccio.

—…y cuando esté encallada, clavadle en el pecho al reptil esos papelajos. Que los leguleyos cuando a bordo suban, lean tinta en su malvada sangre las pruebas de sus propósitos.

Jarnac de Lesperruy fué cauterizado a la usanza pirata. Un puñal al rojo a efectos de la llama, fué quemando los bordes de carne abiertos, y gotas de sudor perlaron en la frente del gascón, que tuvo a gala atusarse el mostacho como si nada ocurriera.

Fué el propio Pirata Negro quien le cauterizó, y terminada su intervención medical, obligó al gascón a tenderse en una hamaca de a bordo.

Y desde ella vió Jarnac de Lesperruy la goleta encallada y al resplandor de sus fanales, la figura arrodillada del corso maldito.

—Dadme lancha para que en tierra me haga relevar por el más antiguo de mis oficiales. Mi misión ha terminado, y quiero pedir al rey licencia de reposo. Pero me tenéis que dar unos días de compañía, hidalgo. La condesa de Kerdael se honrará recibiendo al hidalgo señor Carlos Lezama, del que habla siempre con afecto.

—Es demasiada grata la tentación para que a ella pueda resistirme,

Y cuando en la Plaza Mayor de Ajaccio el cadáver de Pietro Fonti fué expuesto en la picota a la maldición de sus compatriotas, un velero aleteaba surcando alegremente el azul Mediterráneo, rumbo a la costa francesa. Sus tripulantes iban todos vestidos a la usanza marinera pescadora, y a cubierta, tendido en una hamaca un mosquetero reía a mandíbula batiente chocando su vaso con un manco, mientras en el castillete de proa el Pirata Negro silbaba los compases de una melódica canción de guerra.

FIN


El alma negra... esclava y sumisa, es gemela del lago tranquilo; pero al encresparse, RUGE, DESTROZA y SIEMBRA EL TERROR por su inigualable ferocidad. EBRIOS DE SANGRE los martiniqueses gimen ahora bajo el dominio de GASTON-MARIE CHARLEMAGNE, el negro con infulas de emperador. La astucia de EL PIRATA NEGRO y su temeraria audacia, fomenta la rebelión libertadora.
REBELIÓN en MARTINICA
es el título de esta emocionante hazaña de
EL PIRATA NEGRO
que aparecerá en nuestro próximo volumen

Notas

[1] Nota: Ver “La carabela de la muerte"<<

[2] Ver “La carabela de la muerte”. <<